

**La impostura
de Madame Humbert**

Carlos Maza Gómez

© Carlos Maza Gómez, 2015
Todos los derechos reservados

Índice

Beauzelles	5
.....	
La boda	11
.....	
La ambición	18
.....	
La herencia	26
.....	
El señor Crawford	32
.....	
Pleitos, litigios	39
.....	
Ser otra	45
.....	
Trucos y engaños	51
.....	
La apertura del cofre	60
.....	
Naturaleza del engaño	65
.....	
En paradero desconocido ...	71
La captura	77
.....	
El académico Cotarelo	86
.....	
El usurero Cattai	101
.....	
El juicio	110
.....	

Beauzelles

Todo tiene un comienzo y el de Thérèse Aurignac se sitúa en Beauzelles, una pequeña localidad del Mediodía francés, departamento de la Alta Garona, cerca de los Pirineos. El pueblo debe ser atractivo, grande relativamente para albergar a cinco mil personas. Tiene hoteles muy cercanos, restaurantes, posiblemente sea un lugar de cierto turismo interior. De hecho, se encuentra muy cerca de la carretera que lleva a Toulouse, apenas a diez kilómetros. De ahí se puede seguir camino de Carcasonne y la Costa Azul. Junto a la ciudad pasa el caudaloso río Garona pero la población, que se apiñaba hace tiempo en una orilla, la ha rebasado para extenderse por la otra. Uno de sus principales atractivos resulta ser la pesca fluvial.

Nuestra protagonista nació en 1856 en un Beauzelles que debía ser bastante distinto del actual. De hecho, la explosión demográfica del pueblo es relativamente reciente puesto que en los años sesenta del siglo XX apenas rebasaba los seiscientos habitantes. De manera que a mediados del XIX, cuando se contaban unos 250 lugareños, el núcleo poblacional se reducía a unas pocas calles (Grand Rue, rue de Jonca, de l'Eglise, de la Fontaine) con el templo de San Julián presidiéndolo todo. En el entorno había campos, huertas, viñedos, casas aisladas, algunas modestas, otras mejor realizadas, dependiendo del poder adquisitivo de sus residentes.

No es mucho lo que se sabe de los padres de Thérèse, de hecho ni su nombre llegó a los periódicos. Hace un siglo, cuando los diarios españoles dieron a conocer la descomunal estafa perpetrada por el matrimonio Humbert, las ventas de ejemplares se conseguían a través de los muchachos que los repartían por las calles a grandes voces. La atención del público se conseguía anunciando escándalos, novedades sorprendentes, crímenes del día anterior. No es de extrañar que el periodismo de entonces tuviera un sesgo sensacionalista, a veces de manera forzada con tal de que los lectores se fijaran en las noticias y adquirieran el periódico.

Por eso resultaba extraño que los reporteros de entonces ahondaran en los sucesos, buscaran causas y motivaciones de sus protagonistas, describieran el marco de sus acciones. Si además añadimos que el escándalo Humbert sucedía en Francia, la atención era más distante si cabe, la posibilidad de indagar en los protagonistas mucho menor. De hecho se contentaban con resumir y resaltar las novedades que aparecían en los diarios parisinos.

Pese a ello, la atención sobre los Humbert se mantuvo en el tiempo debido a que el centro de atención europeo se situaba en Francia, que marcaba la tendencia cultural y política de entonces. Además, la familia protagonista de la historia se fugó durante casi un año y su relación con España fue más estrecha de lo que se pensó en un principio.

Es bien poco lo que se sabe de los padres de Thérèse Aurignac pero resulta bastante significativo para entender su actuación posterior. El padre se crio en "La Creche", como se conocía a la inclusa de París. Fue pues, abandonado en su infancia, sea por corresponder a una madre soltera, por la pobreza del hogar en que vio la luz o por cualquier otro motivo. Con veinte años, se dedicó a la venta ambulante para poder salir adelante.

Debía ser un joven con gran imaginación. Su oscuro origen le atormentaría además. No debe ser fácil crecer sin conocer de dónde vienes, quiénes eran tus padres, por qué te abandonaron. Ha habido muchos casos así a lo largo del tiempo y la mayoría han salido adelante haciendo su propia vida. Pero el progenitor de Thérèse no. Desde temprano, en sus sueños, debía imaginarse descendiente de algún noble que tuvo un desliz con la criada o la cocinera, vete a saber. Cuando ella le comunicó compungida su embarazo el

noble, que era casado y vivía en una mansión muy confortable gozando de su privilegiada posición, pudo hacer dos cosas: o darle un dinero y decir que se marchara con su preñez a otra parte (lo más probable) o transmitirle el deseo urgente de que marchara a casa de su madre en el pueblo o en el mismo París, tuviera al niño y lo entregara en la inclusa antes de volver a servir a sus amos.

Cabían otras posibilidades que lindaban con la pobreza del hogar al que vino al mundo, la cantidad de chiquillos que se acumulaban entre basuras y desperdicios en una chabola miserable, con padres alcoholizados o vete a saber. Esta posibilidad no era contemplada por el joven vendedor que recorría las calles ofreciendo mercancías variadas con un gracejo singular, voceando las oportunidades que estaban a disposición de las mujeres que atendían su reclamo. Él imaginaba ser descendiente de un noble y que tal vez (la vida da muchas vueltas) se lo encontrara alguna vez y le reconociera o incluso llegara a buscarle, arrepentido de haberle entregado en manos extrañas.

Conoció a una jovencita que se quedaba fascinada con sus historias. Él debía ser simpático (todos los truhanes están obligados a serlo), hablaría incesantemente, compartiría con ella las fantasías que había construido. Ella debía tener un carácter pasivo. También carecía de padres, algo que los unía, pero sí contaba con un protector, tal vez un lejano pariente o un hombre mayor que simpatizaba con su orfandad (no queremos ir más lejos). Era un hombre adinerado y quería protegerla, por lo que, cuando la pareja se casó, entregó como dote de la muchacha la bonita cantidad de cuarenta mil francos.

La promesa de esa cantidad debió ser un poderoso aliciente para el futuro padre de Thérèse. Si la joven era agradable, hacendosa y admiraba a su marido, el hecho de que viniera con una buena dote tendría que aumentar poderosamente su atractivo para el joven vendedor.

Dedicaron ese dinero a adquirir una casa y un viñedo en el pequeño pueblo de Beauzelles. De manera que encontramos al inclusero, al vendedor ambulante, convertido en un pequeño burgués que se dedica a producir vino y vendérselo a sus vecinos. Con ello fueron viniendo los hijos: Emile, Thérèse, Romain y María, la menor. Todos, en mayor o menor grado, formarán parte de esta historia.

La vida tranquila y sosegada no iba con el señor Aurignac que empezó a dedicarse a otros oficios realmente peregrinos. Uno de ellos fue el de constituirse en casamentero de la comarca, creando lo que hoy llamaríamos una agencia matrimonial. Con tantos chicos y chicas dispersos por los pueblos, con tantas bocas que alimentar y niñas que solo servían para casarse, con mozos que se constituían en fuerza de trabajo en el campo pero querían establecerse por su cuenta, faltaba alguien que hiciera el servicio de relacionar a unos con otras.

Desde el principio de su estancia en el pueblo, Aurignac se hizo cambiar el apellido añadiéndole un apóstrofe, de manera que fue conocido como el

señor D'Aurignac. Él era descendiente de un noble y le gustaba presumir de ello. A su casa le llamó "el Castillo" y defendía que su verdadero título era "Conde D'Aurignac". Afirmaba que en un baúl tenía títulos y legajos que garantizaban su nobleza de origen y, aunque nunca los enseñó, todo el mundo dio por sentado que formaría parte de alguna rama empobrecida de la nobleza parisina. Era un engaño que a él le satisfacía y a nadie hacía daño, realmente. Los crédulos lo admitían y los que conocían sus ansias de grandeza permanecían indiferentes a sus fantasías mientras les diera buen vino, casara a sus hijos o se tomara un vaso de licor en la taberna ofreciendo una buena compañía.

Viudo desde relativamente pronto, Thérèse, como hija mayor que era, tuvo que hacerse cargo de la casa mientras sus hermanos trabajaban en el viñedo. Se dedicó a organizar el ambiente doméstico y custodiar, entre otras cosas, el baúl donde su padre guardaba sus sueños de nobleza imaginada. Todo sería utilizado por ella más adelante pero, más inteligente que su padre, no reivindicaría un pasado noble que no le producía un franco sino que reclamaría para sí aquello que podría abrirle todas las puertas: el dinero.

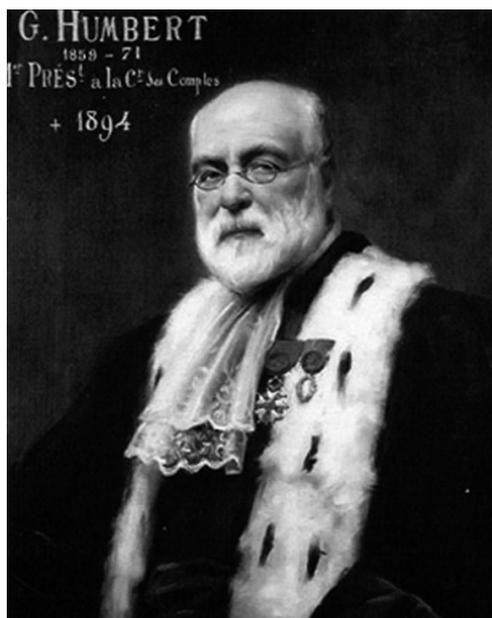


Thérèse D'Aurignac

La boda

En 1878 Thérèse se casa con un joven estudiante de abogacía: Frédéric Humbert. Ella tiene 22 años, no es especialmente agraciada, tampoco de una familia adinerada sino bastante modesta. Él tiene 21 años y proviene, en

cambio, de una familia importante en la política nacional.



Gustave Humbert

Su padre Gustave había nacido en Metz en 1822. Su biografía bastante completa puede encontrarse fácilmente por internet, ya que fue senador de la República durante largos años, representante de una tendencia de izquierdas que no siempre estuvo en auge. Repasémosla brevemente para observar en qué ambiente creció Frédéric.

Abogado como habría de ser su hijo, Gustave Humbert fue subprefecto de Thionville desde que tenía 26 años (en 1848) hasta tres después, en que fue desplazado durante cierto tiempo por los azares de la política de Luis Napoleón Bonaparte, poco simpatizante con un republicano recalcitrante como era aquel joven subprefecto.

Rodeado ya de cierto prestigio profesional, Gustave Humbert se dedicó a realizar estudios jurídicos y ejercer su profesión. Mientras lo segundo le daba holgadamente para vivir, lo primero le llevó a adquirir un gran predicamento en la Judicatura francesa. Profesor de la Universidad de Toulouse en 1861 adquirió una casita en la cercana localidad de Beauzelles al objeto de vivir cerca de su lugar de trabajo.

Aunque ascendiera a nuevos puestos en la política del momento, nunca abandonó su residencia en este pueblo, donde moriría en 1894. Antes, sin embargo, cosechó muchos reconocimientos. En 1871 fue elegido representante de la Alta Garona en la Asamblea nacional de la que sería nombrado vicepresidente en aquel mismo mandato.

En 1875, tres años antes de que su hijo casara con Thérèse D'Aurignac, como se hacía llamar, fue elegido senador, cargo en el que repetiría mandato hasta su muerte. Su vida, por tanto, radicaba cada vez más en París donde tenía una hermosa casa a su disposición. No obstante, volvía con cierta regularidad a la localidad que había sido su punto de partida en la política:

Beauzelles. Aún faltaban poco más de veinte años para que fuera a vivir a este pueblo un joven Henri Matisse, donde casaría con Amélie Parayre y nacería su primer hijo Jacques. Los Parayre, sus suegros, se verían complicados en el escándalo Humbert por trabajar para dicha familia. Incluso el propio estudio del pintor sería allanado por la policía en busca de pruebas de implicación en la estafa, provocando de paso una de sus conocidas crisis nerviosas.

Mientras Gustave iba y venía desde París, su hijo terminaba sus estudios de Derecho y conocía a la hija del suministrador de vinos para su casa. Valorando luego el carácter del joven Humbert es indudable que Thérèse le conquistó. Es posible que estuvieran hechos uno para el otro en realidad, si bien sus papeles estaban cambiados respecto a lo que podría esperarse por su posición social.

Ella era decidida, voluntariosa, enérgica, controladora. Sabía captar la atención de cualquiera y, al igual que su padre al que había salido en muchos aspectos, tenía un gracejo especial, resultaba simpática con su ceceo de provincias. Aunque con una rusticidad que conservaría a lo largo de su vida, esa falta de elegancia que es imposible adquirir salvo desde la cuna, sabía imponer su voluntad, sus decisiones, con un ánimo inquebrantable, dispuesta a jugarse todo a una carta, segura de su triunfo en cualquier circunstancia.

Frédéric, en cambio, era adinerado pero carecía de una voluntad firme que se opusiera a la de Thérèse. Resultaba algo tímido pero simpático también, buena persona, agradable de trato, algo voluble en sus empeños. Si toda su formación estaba dirigida a ejercer la abogacía y llegar a la política siguiendo el camino paterno, tenía otras aficiones en las que no persistía ni alcanzaba un gran nivel. Así, entró en una academia privada de pintura para aprender con el pintor Roybet. De hecho llegaría con el tiempo a organizar alguna exposición pero más por la importancia de su padre que por su obra. Después lo dejó prácticamente para dedicarse a la poesía, en la que tampoco alcanzó renombre.



Frédéric Humbert

Había, sin embargo, un serio obstáculo para la boda entre ambos

jóvenes: la diferencia de clase y de fortuna. El padre de Frédéric, el senador, se opuso desde un principio considerando pragmáticamente que ese enlace era desigual y lesivo para los intereses futuros de su hijo. Thérèse no se amilanó por este hecho. Es cierto que a su padre los viñedos no le producían demasiado y sus trabajos matrimoniales no le reportaban mucho. Era cierto que tenía que pedir fiadas algunas de sus compras en el pueblo, pero si dudaban de su importancia ella se lo recordaría a todos, incluido ese suegro que parecía menospreciarla cuando supo la relación y los compromisos que su hijo iba adquiriendo con ella.

Así empezó a comentar la historia de su madrina, una rica señora, lejana pariente, que poseía un castillo en la región de Marcotte con amplios terrenos a su alrededor. Todo eso sería para Thérèse cuando la anciana muriera aunque hubiera otros herederos que aspiraban a la misma herencia. Por si acaso, la muchacha, más prudente siempre que su padre aunque también ambiciosa, afirmaba que quizá tuviera que meterse en pleitos cuando su madrina falleciera pero que tal cosa no le arredraba. Los que la conocían sabían que, efectivamente, si de alguien fuera ese castillo sería de Thérèse, una mujer que no se detendría ante nada para conseguir lo que consideraba suyo.

No sabemos en qué momento Frédéric cayó en las redes imaginadas por la que sería su esposa, cómo se dejó engatusar para trabajar firmemente en los fundamentos jurídicos de la reclamación que ella haría ante los herederos de su madrina. Eso debió comentar a su padre que, en principio disgustado por la elección de su hijo, fue inclinándose hacia aquella muchacha que parecía haberle ganado el corazón y la voluntad y por la que Frédéric trabajaba firmemente.

No debía escapársele a Gustave que su hijo necesitaba alguien que le guiara e impulsara en su carrera. Cuando conoció a aquella Thérèse debió pensar que un hijo, pese a sus buenas cualidades algo falto de voluntad y constancia, tendría su contrapeso ideal con aquella muchacha.

“El veía en Teresa una rica heredera, nada hermosa, con más años que él, pero llena de hermosas esperanzas y que aportaba al matrimonio, además de un porvenir brillante un presente que tenía lo que a él le faltaba: una decisión a prueba de contrariedades y una energía extraordinaria. Federico Humbert, que era 1a irresolución andando, no tenía más voluntad que la ajena, y si Federico era el complemento de Teresa, Teresa complementaba a Federico.

Tan bien urdida estaba la trama, que la sociedad del Mediodía francés, al tener noticia de la boda, la calificó con la frase ‘un bello matrimonio’ ” (La Correspondencia de España, 7.8.1903, p. 1).

Así pues, ya estaba Thérèse casada con tan ilustre abogado. Nunca más se habló del castillo de Marcotte ni de la madrina pero la idea de una herencia

respecto a la cual había que litigar ante los tribunales ya estaba insertada dentro de los mecanismos de poder que pondría en marcha el matrimonio Humbert. El objetivo era alcanzar la grandeza que ella creía merecer y que su padre le había inculcado, sobre todo cuando afirmaba con rotundidad que “mis hijos serán millonarios” a todo aquel que quisiera escucharle recordar su nobleza de origen.

Durante tres años el matrimonio viviría decentemente pero sin atraer sobre sí la atención de nadie en particular. Establecidos en París, Thérèse fue trayendo a sus hermanos, al tiempo que daba a luz la que sería su única hija: Eva. Pero durante esa época de tranquilidad y sosiego, mientras ella se establecía como ama de casa y su joven marido iba abriéndose puertas en la política del momento, la imaginación de Mme. Humbert no descansaba. Conocida finalmente la sociedad parisina estaba convencida de conquistarla y alcanzar la posición que su padre anhelaba y ella creía merecer. Fue entonces cuando inventó a los Crawford acabando por construir con los años la más memorable estafa en la Francia de entre siglos.

La ambición

Mi abuela paterna fue la única heredera de una finca amplia junto a la ribera del Carrión, el río que atraviesa Palencia. Había pertenecido a la familia desde hacía varios siglos, como me tomé el trabajo de averiguar en cierta ocasión. Casada con un hombre vividor, alegre y bastante despreocupado, incapaz de administrar esa propiedad, su afición al juego y los reveses sufridos en malas inversiones, dieron por tierra con sus ambiciones, dejando la finca en manos de los acreedores.

Durante la primera parte de su matrimonio mis abuelos habían mostrado deseos de vivir con cierto lujo para su época: tenían criadas, mozos que trabajaban en el huerto, sus hijos iban a los mejores colegios e incluso uno (mi padre) fue a estudiar al extranjero. Mientras tanto, se acumulaban las deudas y

se acostumbraron a vivir a crédito en base a unas cosechas que mi abuelo se jugaba al dominó en la taberna.

Cuanto he sabido de mi abuela reflejaba el temor que produjo siempre en sus hijos, el control que ejercía sobre cada uno de ellos, también en lo que concernía a su marido, convertido en un vividor sin dinero, gustoso de las mujeres, reducido en sus últimos años a vigilar una obra por la noche. El dominio de ella sobre todos era tal que uno de mis tíos se vio obligado a romper un compromiso con una muchacha del pueblo del que era maestro. La escena fue recordada toda la vida en la familia: el empecinamiento del joven y, finalmente, la huida por la calle delante de una madre enfurecida que enarbolaba un cuchillo.

Seguramente por esta experiencia, mi padre comunicó su inminente boda a su padre en primer lugar, para que actuara de mediador y calmara las iras de su madre. Tal como me fue descrita la situación mi padre, un hombre siempre autoritario y enérgico, recurrió a los hechos consumados no como una táctica sino porque su madre le causaba pánico en sus reacciones.

Viene esto a colación para resaltar que, frente al modelo social de aquella época caracterizado por el predominio del hombre frente a la mujer y la docilidad de ésta, siempre hubo mujeres enérgicas y dominantes, controladoras de su entorno a fin de que todos los que las rodeaban siguieran el buen camino que ella trazaba y entendía como ineludible de seguir. La mujer, reducida en sus ambiciones al plano familiar, podía ejercer en éste un férreo dominio, particularmente si el hombre, como era el caso de mi abuelo, gustaba de vivir la vida por su cuenta lejos de su mujer.

Thérèse D'Aurignac, Mme. Humbert después de su matrimonio, tenía puntos en común con el caso expuesto. Durante varios años vivieron en una vivienda de la rue Monge de París, acomodada pero modesta cerca de los Jardines de Luxemburgo. Fue trayendo a sus hermanos, que siempre girarían en torno a ella, verdadera cabeza de familia. Ello incluyó a Romain, eterno viajero y trotamundos, que a su vuelta de Brasil y Argentina, buscó a su hermana para iniciar negocios a su amparo. Además, tuvo a su hija Eva, lo que supuso una dedicación que calmó por un tiempo sus aspiraciones a llegar tan alto como pudiera en la sociedad parisina.



Romain D'Aurignac 1892

Resultaba provinciana en muchos aspectos. De hecho, se notaba su carácter poco refinado y hasta un habla con fuerte acento gascón, a lo que unía cierto tartamudeo y un ceceo que la delataba. Pero ella no se iba a arredrar porque los conocidos de su marido se burlaran amablemente de la muchacha venida de provincias. Ella habría de triunfar sobre todos aquellos que la miraban por encima del hombro (¿con quién ha ido a casarse Frédéric? ¡qué lástima! Pues dicen que tiene una herencia, algo así. Será por eso), los que imaginaba que murmuraban de su tono, incluso que tal vez riesen de sus maneras con una mezcla de superioridad y desprecio.

Thérèse tenía algo que los demás no parecían tener. Una ambición sin límites para triunfar allí donde era más difícil. Su padre se autotitulaba conde, ella misma había afirmado en Beauzelles que sería una rica heredera de un castillo y fincas que le reportarían una posición social. Que tales propiedades fueran inexistentes no era óbice para no sentirse emparentada con la nobleza, algo que solo un drama antiguo, la entrega de su padre en la inclusa, había impedido vivir en plenitud.

Del mismo modo que mi abuela rememoraba tiempos mejores, cuando era propietaria de huertos y una hermosa casa, mencionando incluso cierta lejana relación con el obispado de Sigüenza (además de ser descendiente del Cid), Thérèse tenía en mente ganar para su familia el reconocimiento social que aquel desgraciado episodio le había negado y que creía merecer por delante de aquellos petimetres engolados y huecos, sin sangre en las venas y sin la ambición que a ella le consumía. Tenía voluntad de dominar esa sociedad que se le resistía, que la ignoraba.

“Lo más saliente en Teresa D'Aurignac es su carácter enérgico, su temperamento, y en esto se encuentra la clave del misterio. Con su poderoso carácter domina a cuantos con ella tratan y consigue siempre sus fines.

Federico Humbert vale mucho más que su esposa, por su talento y su ilustración. Es un caballero en toda la expresión de la palabra,

mientras que Teresa es sólo una aldeana.

Para ver hasta dónde llega el dominio de la Humbert, basta fijarse en su familia: su hermana es un juguete suyo; su marido, un esclavo; sus dos hermanos servían como criados y temblaban cuando los miraba con ira.

Parece increíble que esta persona vulgar, que hasta tiene el defecto de la tartamudez, haya podido embaucar a banqueros llenos de experiencia, a los más astutos usureros, a los judíos, a los anticuarios, y a jurisconsultos y políticos, así como a los joyeros y modistos, que constituyen el comercio más astuto” (La Época, 28.12.1902, p. 1).



Frédéric Humbert

Sin contradecir este diagnóstico, las maniobras que luego tuvieron lugar revelan algo más: su marido no era como mi abuelo, un vividor alegre sin capacidad para el negocio familiar. Frédéric Humbert era un abogado bien preparado en el bufete de su padre, gustoso de resolver pleitos y, aunque débil de carácter, voluble frente a sus múltiples aficiones, sin el temperamento y la constancia para triunfar en la vida pública, era capaz de allanar y pulir las ambiciones de Thérèse dándoles una forma jurídica adecuada.

Se ignora cuándo se dio cuenta de que las afirmaciones de su mujer eran fabulaciones sin fundamento real pero seguramente para entonces ya había caído bajo el dominio de la poderosa dama que, a fin de cuentas, era su mujer y a la que siempre se vería obligado a defender. Andando el tiempo su hija Eva afirmó haberle escuchado, con ocasión de alguno de los pleitos en que andaba metido, alguna expresión del estilo: “No sé dónde vamos a parar así. En fin, cuando muera descansaré”. La frase revela al hombre que se ha visto empujado por desidia, plegándose a la indomable voluntad de su esposa, hasta una situación irreversible en la que se ve atrapado y que no tiene más remedio que sostener. Cuando uno admite una mentira inicial labra el camino para aceptar todas las demás que vengan a continuación, sobre todo si carece de un espíritu enérgico, como era el caso.

Cuando en 1882 su suegro el senador fue nombrado, aunque solo por unos meses, ministro de Justicia y Cultos, el ascenso familiar, la respetabilidad

que ofrecía el importante puesto del padre de Frédéric, empezó a considerarse el trampolín adecuado para alcanzar sus objetivos de preponderancia social. Para entonces Thérèse llevaba cuatro años casada, había tenido una hija, disponía de una casa adecuada pero no acorde con la posición a la que aspiraba. Era el momento de ir más allá.

Unía, a su dominio familiar, una poderosa imaginación que solo necesitaba el cauce adecuado para materializarse. Su marido habría de concretar esas aspiraciones y los mecanismos para mantenerlos vigentes. No aspiraba a recuperar tiempos pasados sino a ganar su presente y el de los que le rodeaban, que formaban parte de él. Ella era la familia, tenía un objetivo claro: triunfar en la sociedad de París, aquella que había expulsado a su padre negándole su origen y llevándolo hasta una provincia alejada de todo. “Mis hijos serán millonarios” había pronosticado su progenitor, ya fallecido para entonces. “Mirad”, pudo decirles como decía a otros, “en ese baúl están los títulos, el reconocimiento de mi ascendencia. No sois unos cualesquiera, no sois provincianos. Sois descendientes de nobles, yo mismo soy conde”.



Thérèse Humbert

Ella habría de llevar a la familia al lugar que le correspondía dentro de la mejor sociedad parisina. Sería su venganza frente al tiempo y las circunstancias, que habían despreciado la posición de su padre y la de todos sus hijos, frente a esa sociedad que la miraba con desdén por su acento del Mediodía, creyéndose superiores. Ella les demostraría que estaban equivocados.

¿Qué les importaba a todos esos mequetrefes emperifollados, a los que presumían de maneras aristocráticas? Solo dos cosas: la posición social y el dinero. Pues bien, ella tendría ambas cosas y en las dos superaría a todos aquellos que se habían atrevido a despreciarla, a los que arrojaron a su padre a las calles como vendedor, a un pueblo perdido cerca de los Pirineos.

La herencia

La posición social parecía sólida pero, con el tiempo, se ampliaría cuando Frédéric se presentase en 1885 como representante del distrito del Seine et Marne, donde la familia tenía algunas propiedades. La cuestión era el dinero ¿de dónde sacar el capital que permitiese un lujoso tren de vida, organizar fiestas, adquirir una mansión mejor donde celebrarlas, ocuparlas con muebles valiosos, disponer de joyas que lucir en cada reunión...? Todo eso requería mucho dinero pero los trabajos de abogacía no ofrecían tal posibilidad, Frédéric a fin de cuentas no parecía muy apropiado para hacer negocios, dadas sus aficiones por la pintura y la poesía.

Thérèse había tenido tiempo en los primeros años de matrimonio para ir concibiendo un recurso que les permitiera adquirir el capital necesario. Su padre decía tener títulos en un baúl, ella misma había tenido que salir adelante en Beauzelles mencionando una herencia imaginaria. Con ella y la promesa de recibir un buen dinero y hasta un castillo cuando muriese su madrina consiguió que le fiasen en las tiendas e incluso conquistar al hijo de un senador. ¿Por qué no repetir la experiencia? Del mismo modo que entonces se había guardado las espaldas frente a futuros acreedores aduciendo una posible reclamación de otros herederos, tal vez un pleito por las propiedades a la muerte de la madrina ¿por qué no hacer exactamente igual?

Pero esta vez no se contentaría con un pequeño castillo, con la ficción de unas tierras lejanas, no. Ahora iría a lo grande inventándose una herencia de más de cien millones de francos, una fortuna colosal para la época.

Los periódicos, asombrados y fascinados a la vez por la personalidad de Thérèse cuando surgió el escándalo, construyeron una imagen maquiavélica de ella, la de una mujer astuta e inteligente que había diseñado toda una trama de fraudes y engaños. No al principio, cuando se hizo descansar esta responsabilidad en su marido, luego en el abogado Parmentier, representante de unos ficticios herederos de la herencia y claramente implicado en la operación. Pronto tuvieron que rendirse a la evidencia de que no era un hombre el alma de la misma sino una mujer.

“Astuta, dúctil, persuasiva, elegantísima, derrochadora y a la vez incansable en el trabajo, dotada de un talento singular para departir

de negocios con los hombres más experimentados, era el alma de las estupendas combinaciones.

Ella organizaba las fiestas, ella les prestaba su mayor encanto con su «chic» y con su espiritualidad, pero ella también era la exacta y oportuna investigadora de la debilidad ajena, y con seguro golpe de vista adivinaba en dónde podía ser hallada la mina aprovechable...

La gente de cabeza más firme perdíala ante el deslumbramiento de aquella maga, inagotable en ingenio, en audacia, en refinamientos de artista, en las artes supremas de la mujer” (El Imparcial, 20.12.1902, p. 1).

Esto se afirmaba veinte años después, cuando toda Francia y la mayor parte de Europa se conmovió por la inimaginable estafa cometida. ¿Elegantísima? ¿Con chic y con encanto? ¿Dónde había quedado la humilde y ambiciosa muchacha de provincias que había llegado a París de la mano de su esposo tantos años atrás? Parece que su origen podía ocultarse en gran medida pero no del todo, más bien hasta se le podía sacar un provecho en las negociaciones a que se viera obligada con sus acreedores:

“Actriz consumada, sabe dar a su fisonomía un aspecto tal de vaguedad, de ignorancia y hasta de inocencia, reflejando en ella la estupidez del aldeano, que con ella ha podido engañar a muchas víctimas, porque no podía sospechar nadie que tras aquella máscara de estupidez se ocultara un verdadero genio de maldad y de astucia” (La Época, 28.12.1902, p. 1).

Aprendió a utilizar sus defectos en beneficio propio haciendo de la necesidad virtud en sus negocios. Cuando tenía que aparentar ser una gran señora, mostraba su encanto y su chic; de otro modo, se volvía una tonta e ingenua aldeana que no entendía de plazos ni pagarés a la vista.

Es tal la fascinación que esta mujer causó en la prensa, habituada a que las estafas fueran protagonizadas por hombres, que se echó sobre ella toda la responsabilidad del tema. Esto fue exagerado. Lo que ella hacía era imaginar posibilidades que su marido orquestaba después en el aspecto jurídico. Frédéric Humbert, al que no se consideraba brillante en los tribunales, devino en un artista de la intriga. Ella era la locomotora con su imaginación y sus ambiciones, era quien desbrozaba el camino por medio de artimañas y engaños, pero su marido era quien tendía las vías para que esa locomotora no descarrilara durante tanto tiempo. Los hermanos, en cambio, eran meros peones en manos de la pareja que les garantizaba comodidad, un buen dinero y una posición en los negocios de la capital.



Thérèse Humbert

Volvía a plantearse la incógnita: ¿cómo conseguir el dinero para el tren de vida a que aspiraban? Tenemos constancia del primer paso que dieron, tras la hipótesis de una herencia inexistente de la que hablaremos más adelante. Ese paso lo dieron gracias al senador y ministro Gustave Humbert, que garantizaba con su posición y su solvencia la legitimidad de cualquier demanda.

Éste se había opuesto en principio al matrimonio de su hijo considerando, razonablemente, que era muy desigual en cuanto a la clase social de los contrayentes. Sin embargo, fue cambiando de opinión. Seguramente vio a Frédéric muy seguro de su decisión y luego empezó a escuchar que aquella muchacha podía heredar un buen dinero.

Pasaron los años y su nuera le dio por fin una nieta que aseguraba la descendencia de los Humbert. Ciertamente es que no era un chico al que podría haber ayudado en sus estudios procurando que siguiera la tradición familiar en la abogacía, pero una nieta podía ser casada adecuadamente. Para entonces, acuciado por sus crecientes responsabilidades, Gustave Humbert no podía prestar demasiada atención al entorno familiar de su hijo, a la acumulación de los hermanos de Thérèse. Tan sólo deseaba garantizar la situación financiera de su hijo, del que él mismo reconocía que no tenía la ambición y el talento necesario para triunfar en política.

Debió de ser hacia 1883 cuando organizó una reunión con viejos amigos, todos ellos políticos pero bien relacionados con el mundo financiero, e invitó a ella a su hijo y su mujer. Frédéric, a fin de cuentas, debía acudir frecuentemente a estas reuniones en su calidad de abogado e hijo del entonces exministro.

En un momento determinado, Gustave llevó aparte a su gran amigo Accarias e hizo que se reuniera con ellos su nuera. Afirmó entonces que Thérèse era la previsible heredera de una fortuna que podría llegar a sus

manos (y a las de su hijo) siempre que otros posibles herederos no litigaran. Sin embargo, para llevar las cosas adelante sería necesario pagar al fisco, a los tribunales... En suma, su hijo necesitaba un préstamo “de amigo”, sin usureros por medio, quizá al 10 % de interés como máximo, para hacer frente a los gastos previstos.

Accarias, que tan buena relación mantenía con el senador, uno de los líderes de la izquierda republicana, no lo dudó y se ofreció para marchar a Ginebra esa misma tarde al objeto de obtener lo solicitado. Afirmó que no habría problema puesto que tenía buenos contactos con la banca ginebrina y podía conseguir con prontitud hasta dos millones de francos.

Cronológicamente, ésta es la primera noticia que se tiene de la herencia del Sr. Crawford, rico millonario norteamericano, que dejaba todos sus bienes, valorados en cien o más millones, en manos de Thérèse Humbert. Ese dinero en forma de letras del Tesoro, obligaciones, valores, debía permanecer a buen recaudo en un cofre depositado en el domicilio de los Humbert. El baúl del padre se había transformado en el cofre fuerte de la hija.

El primer paso de Thérèse para conseguir su propósito estaba dado y había resultado increíblemente fácil gracias al prestigio familiar. Con dos millones en el bolsillo ¿por qué no conseguir más? ¿y cómo mantener a raya a los acreedores? Lo primero quedaría en manos de Thérèse, lo segundo de Frédéric. La señora Humbert ya podía soñar con convertir sus sueños en realidad: ser otra de la que era, no la provinciana con poco dinero, viviendo en una casa modesta, sino la señora de París, la millonaria que controlaba a su familia con mano de hierro y que haría doblegar la cerviz a todos aquellos que no tenían el coraje, la imaginación ni las ambiciones que a ella le sobraban.

El Señor Crawford

Como sostiene Javier Cercas, la mejor mentira es la que se engrana dentro de un conjunto de verdades. Somos crédulos por naturaleza, tenemos la tendencia a creer lo que nos dicen si hay afirmaciones que sabemos que son verdaderas en medio de la conversación. Al tiempo, toleramos muy mal la mentira, el engaño, incluso peor que otras faltas que podrían ser objetivamente más graves. Además, cuando sale a la luz una mentira creemos que todo lo que nos han dicho lo es, cuando es muy probable que otras afirmaciones sean verdaderas. El falsario lo es para todo y de forma radical revelando que en la interrelación social se parte de la buena fe de las personas, de su inclinación a decir la verdad, tal vez a ocultarla tan solo. Particularmente, la mentira que se realiza para obtener un beneficio propio es la más rechazada.

Thérèse Humbert había mentido, engañado a sus convecinos con el tema

de la herencia de su madrina. Su beneficio había sido limitado: obtener crédito en las tiendas, ser una figura más respetada en el pueblo como futura millonaria. A nadie en realidad hacía daño con esa mentira salvo a aquellos a los que dejaba una cuenta a deber y eso era harina de todos los días en aquella vecindad que no nadaba en la abundancia. Otra cosa hubiera sido que ese engaño le hubiera conseguido un matrimonio ventajoso. Lo cierto es que éste quizá no fuera el caso con su marido o bien Frédéric se avino prontamente a seguir secundando la superchería de su esposa.

Sin embargo, la invención de la herencia del millonario norteamericano Crawford sería para obtener un beneficio cifrado en millones de francos obtenidos de préstamos que nunca habrían de pagarse y que supondrían un delito contra el patrimonio de muchas personas, alguna de las cuales fue internada por la locura de dudar de Mme. Humbert y otros llegaron al suicidio ante la imposibilidad de cobrar un préstamo hecho en otro tiempo y que les hubiera salvado de la ruina inminente. De manera que la herencia que supuestamente habría de recibir Thérèse supuso una estafa, un fraude sostenido por el engaño y la mentira. No había verdad alguna que entretejer con la mentira. Era una falsedad completa sobre la que edificar una ascensión social irresistible y la transformación de aquella humilde muchacha de pueblo en una de las atracciones mundanas del París de su época.

Resulta sorprendente, cuando estalló el escándalo, qué pocas informaciones pudieron darse sobre el supuesto origen de la herencia Crawford. Los reporteros preguntaban e indagaban y casi nadie sabía decir nada, explicar quién era aquel millonario norteamericano, aparte de que le había dejado una abultada cantidad a la señora Humbert cifrada en cien millones o más de francos. Parece que nadie se preocupó realmente de averiguar cuál era el origen de aquella fortuna. En los interminables litigios que enfrentaron a Thérèse con los sobrinos de Crawford los jueces tardaron casi veinte años en preguntarse dónde vivían dichos sobrinos. Tuvo que ser la prensa la que levantara el escándalo de las primeras informaciones. Para entonces, el solvente senador Gustave Humbert había muerto pocos años atrás (en 1894) y las fuerzas vivas parisinas se atrevían a cuestionar públicamente una herencia que ya lo había sido a nivel privado varios años antes.

Según las escasas explicaciones que se recogieron a principios de siglo, cuando se reveló el engaño, la señora Humbert afirmaba que Crawford era un viejo conocido de su familia desde 1853, cuando la caída de un caballo en Beauzelles le quebrantó siendo socorrido por el señor D'Aurignac. Thérèse insinuaba incluso que la relación fue mayor de lo que se suponía puesto que llegaría a ser amante de su madre. El hecho de que una parte de la herencia se la dejara a su hermana pequeña, María D'Aurignac, permitía al oyente suponer que ésta podría ser hija del millonario. Naturalmente, esto ni se decía de palabra ni se reflejó en los periódicos pero la gente ataba cabos y podía suponerlo.

Este Crawford, que debía ser un gran amante de Francia, además de

amasar millones no se sabía en qué, murió en 1877 en un hotel de Niza. Ahora viene lo inverosímil: el mismo día de su muerte dejó dos testamentos en un formato bien diferente. En el más formal realizado ante notario repartía sus bienes por igual entre tres personas: sus sobrinos Henri y Robert Crawford y María D'Aurignac. El texto completo era el siguiente:

“Este es mi testamento.

Yo quiero que después de mi muerte, todo lo que yo poseo sea partido en tres; un tercio para María D'Aurignac, un tercio para mi sobrino Henry Crawford, un tercio a mi sobrino Roberto Crawford, con obligación para estos últimos de colocar en Francia, y a costa suya, capital suficiente para producir a Teresa D'Aurignac una renta vitalicia

de 30.000 francos por mes.

Niza 6 setiembre 1877 —H. R. Crawford” (La Correspondencia de España, 7.8.1903, p. 2).

Sintiendo ya la sombra de la muerte, en el lecho donde expiraría poco después, al parecer sin testigos, escribió a lápiz en la pared dos líneas que habrían de fundamentar la reclamación de Mme. Humbert. Porque en esas dos líneas disponía que todo su capital fuera destinado a Thérèse.

Durante los sucesivos litigios que habrían de tener lugar los cien millones o más de la fortuna Crawford fueron a parar a manos del matrimonio Humbert que lo custodiaba en un cofre fuerte, un amplio arcón con sólidas cerraduras, hasta tanto los tribunales se pronunciaran a favor de uno u otro testamento.

Indudablemente, decía nuestra protagonista, la última voluntad del fallecido era dejárselo a ella para bien de su hermana y, aunque escrito sin testigos y de manera informal, resultaba realmente el único válido puesto que anulaba el testamento realizado unas horas antes. Sin embargo, ambas familias tenían la suficiente caballerosidad y *savoir faire* como para llegar a un acuerdo de reparto amistoso.

A pesar de haber tenido lugar este supuesto fallecimiento en 1877, un año antes de su boda con Frédéric, el tema no salió a la palestra hasta 1883, cuando el padre de este último había ejercido de ministro y su autoridad y solvencia garantizaban cualquier operación. Ése fue el momento escogido para iniciar la carrera de los préstamos con el amigo del senador corriendo a Ginebra para obtener dos millones al 10 %, una cantidad nada despreciable.

Ambas familias (sobrinos por una parte, matrimonio Humbert por el otro) llegaron a un acuerdo transaccional seis años después de la muerte del millonario. Su texto era el siguiente:

“Entre los abajo firmados.

M. y Mad. Humbert y M.M. Henry y Robert Crawford

Ha sido convenido lo siguiente:

Todos los valores y todos los títulos que constituyen el activo de la sucesión de Monsieur Crawford, son entregados y confiados a la custodia de M. y Mad. Humbert bajo su responsabilidad hasta que, llegada la mayor edad de Mlle. D'Aurignac, todos los herederos, sin excepción, instituidos en uno u otro testamento, puedan entenderse amistosamente para llegar a una transacción equitativa, o que fracasada ésta los tribunales decidan los derechos de cada uno en resolución definitiva.

Mientras no se llegue a una de estas dos soluciones, monsieur y madame Humbert se obligan a conservar fielmente todos los intereses que les son confiados en depósito, y no podrán, bajo ningún pretexto, enajenar valor alguno, ni gravarlos con hipotecas, ni cambiar el modo de colocación de los intereses confiados a su custodia. Percibirán las rentas, pero dentro de los tres días siguientes deberán emplearlas en adquirir papel del Estado francés al portador, a menos que las partes interesadas juzguen oportuno diferir momentáneamente este empleo.

Se hallan obligados a presentar la totalidad de los valores, a cuantos requerimientos tengan a bien hacer los MM. Crawford y a los mandatarios encargados de comprobar la debida aplicación de las rentas.

Monsieur y madame Humbert quedan obligados, bajo palabra de honor, a no variar en lo más mínimo, las disposiciones que preceden, sin el oportuno consentimiento de MM. Crawford.

En el caso de que monsieur o madame Humbert faltasen a uno solo de sus compromisos, se entenderá que renuncian a la totalidad de los derechos de sucesión que les corresponden y M.M. Crawford quedarán solo obligados a pasar a madame Humbert la susodicha renta de 30.000 francos mensuales transmitible, en caso de fallecimiento, al cónyuge superviviente.

Otorgado en París a 11 de marzo de 1883” (Idem).

Una mentira puede sostenerse de dos maneras en el tiempo y ante la opinión pública. Javier Cercas analiza en su obra “El impostor” de un modo brillante cómo es posible construir una impostura mezclando datos reales con otros falsos para trazar una biografía del personaje bien distinta de la realidad. El caso del matrimonio Humbert no es el mismo puesto que no hay verdad alguna en su mentira: Crawford nunca existió, los sobrinos tampoco, los sucesivos litigios que habrían de extenderse durante casi veinte años se construyeron sobre una ficción, una historia imaginada sin pruebas ni fundamentos.

En este caso no hay verdades asociadas a la mentira porque ésta sólo se basaba en la infinita imaginación (más bien, fabulación) de Mme. Humbert y en la convicción de su relato en los círculos en que se movió. La única verdad es la del marco social y jurídico en que su historia fue formulada. Porque, a

despecho de unas circunstancias al menos extrañas y dignas de investigación, el relato era verosímil. En aquel tiempo el dinero te cambiaba la vida y las herencias de tíos lejanos y madrinas afectuosas eran posibles, como posible era que hubiera todo tipo de pleitos, componendas, transacciones entre las partes enfrentadas por una herencia tan importante como la de este señor Crawford.

Una mentira cuya sostenibilidad en el tiempo depende de la verosimilitud del marco en que se mueve sólo puede sostenerse con más mentiras, al modo de una bola de nieve que va creciendo sin cesar. De joven había utilizado el mismo recurso pero salvándose de posibles cambios de fortuna mediante la existencia de otros herederos y posibles litigios en torno a la herencia de la madrina. Por tanto, siempre se podría retroceder en lo dicho aduciendo que el pleito había sido contrario a sus intereses.

El problema es que esta mentira servía por un tiempo muy limitado. Si en la transacción se dejaba todo en manos de la buena voluntad de ambas partes, si el acuerdo se mostraba como posible hasta la mayoría de edad de María D'Aurignac eso permitía un margen de maniobra de pocos años, hasta que ella cumpliera los veintiuno.

Tras obtener el primer jugoso préstamo de dos millones de francos y empezar una secuencia de otros préstamos obtenidos de diversa procedencia a cuenta de esa herencia, Frédéric Humbert debió diseñar un plan que garantizase la paralización casi eterna del acuerdo entre las dos partes herederas. Sólo nuevas mentiras podrían traer las complicaciones jurídicas necesarias para que la primera mentira no saliese a la luz. Para ello se estableció una serie de acciones, toda la familia colaboró activamente y se dieron los primeros pasos al año siguiente.

En todo el proceso la figura de Gustave Humbert queda diluida tras su primera intervención a favor de su nuera. Tal parece que se consideraron innecesarias nuevas acciones por su parte o que su hijo no deseaba implicar más a su padre, sea por preservarle o también por no inspirarle sospechas sobre las acciones legales que se iban a emprender. El senador, ya envejecido, asistía a reuniones del Senado pero iba retirándose poco a poco de la vida activa de París terminando su vida en Beauzelles una década después, sin saber en qué pararía la dichosa herencia que su hijo no llegaba a cobrar nunca.

Pleitos, litigios

No sabemos en qué medida fue un plan urdido hasta el menor detalle y con antelación o bien una secuencia de acciones que se iban conformando para cada momento del litigio. Por una parte, hecha pública la primera mentira era imposible volver atrás sin acumular un completo descrédito personal que arrastraría a toda la familia, incluido el eminente senador. Por otro lado, hubiera sido necesario devolver íntegramente los primeros millones recibidos, algo sumamente problemático desde el momento en que el matrimonio Humbert empezaba una carrera de lujo y refinamiento, además de adquisición

de propiedades.

Si el objetivo, por tanto, era perdurar, sólo había un procedimiento para conseguirlo: que el acuerdo con los sobrinos Crawford se rompiera de alguna manera y eso comportara una serie de pleitos y apelaciones interminables. Eso fue lo que sucedió.

Para aumentar las expectativas de recibir finalmente casi toda la herencia (había que engañar a lo grande, una vez metidos en esa espiral de mentiras), el matrimonio comunicó a finales del año siguiente (1884) que los sobrinos, millonarios por sí mismos, no parecían deseosos de implicarse en pleitos y resoluciones judiciales y ofrecían prácticamente toda la herencia a los Humbert, a salvo de la que se antojaba una generosa y algo inexplicable cesión.

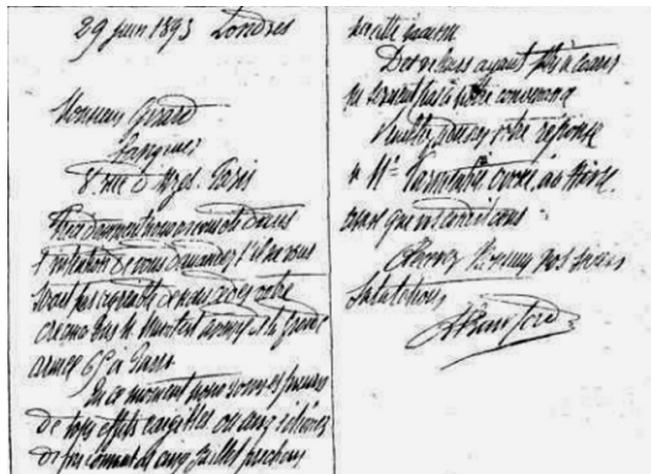
“París 9 diciembre de 1884.

M. et Mme. Humbert:

Nos comprometemos solidariamente a reconocer la nulidad del testamento de nuestro tío, y a no reclamar jamás la herencia a la que en él somos llamados si ustedes se comprometen, en cambio, a entregarnos a cada uno de nosotros los tres millones estipulados como base de transacción.

Les felicitan,

H. Crawford, R. Crawford” (Idem).



Supuesta carta de los Crawford

Dos días después los Humbert aceptaron por escrito en carta conservada por ellos lo que estos sobrinos pedían. Entre las cláusulas que se daban por supuestas, dada la armonía entre ambas partes, había una que justificaba tal actitud: el enlace matrimonial entre cualquiera de los Crawford con una jovencita María D’Aurignac que al año siguiente alcanzaría la mayoría de edad. De ese modo, finalmente, la mayor parte de la herencia quedaría en la familia Humbert-Crawford. Pero de este hecho no quedó constancia por escrito.

Entonces llegó 1885 y María dijo no. La que luego recibiría el

sobrenombre de “La virgen recalcitrante” se negó a emparentar con ninguno de aquellos sobrinos. Su negativa causó un gran revuelo familiar, como explicaba compungida Mme. Humbert, pero naturalmente su hermana y cuñado debían respetar la decisión de la muchacha al tiempo que recordaban que dicha condición nunca había formado parte de los acuerdos y transacciones alcanzadas con los Crawford.

Estos, en cambio, enfurecidos por la contrariedad, consideraron que la cesión realizada con tanta alegría un año antes se convertía en una traición de los Humbert y daban por no enviada la carta de diciembre de 1884. Hasta entonces todo se había movido en el terreno privado, aunque los textos de estos acuerdos y desacuerdos figuraban en otras tantas cartas que se utilizarían en los procesos sucesivos.

Los Humbert habían embaucado a su entorno permitiéndose, a cuenta de una herencia que habría de cobrarse más pronto que tarde, pedir préstamos, comprar joyas, firmar pagarés y adquirir propiedades a cuenta de pagos posteriores, propiedades que llegaban incluso a hipotecar sin haberlas adquirido en realidad.

Thérèse Humbert llevó su atrevimiento tan lejos como era difícil imaginar partiendo de una ficción como era aquella fortuna encerrada en un cofre que nadie había visto. No es de descartar que lo hiciera impelida por las primeras reclamaciones de sus acreedores.

Asesorada por su marido dio un paso más, llevando el caso ante los tribunales. Realmente, una cosa era engañar a las amistades, a los prestamistas y usureros, a los judíos vendedores de joyas, y otra continuar su falsedad ante los tribunales. Pero ahí Frédéric Humbert, considerado un leguleyo de poca altura ante sus colegas del foro, les demostraría de qué era capaz para enredar el hilo de los pleitos y apelaciones, recursos y más recursos.

Thérèse se presentó ante la Justicia reclamando que se cumpliera la promesa realizada por los Crawford a finales de 1884. Ella estaba dispuesta a entregarles tres millones a cada uno pero siempre que los sobrinos aceptaran la resolución del caso y renunciaran a posteriores reclamaciones sobre dicha herencia. Al saberlo, inmediatamente los Crawford adujeron el incumplimiento de la cláusula matrimonial, acordada de buena fe entre ambas partes, para dejar sin valor la renuncia. En todo caso, se negaban a recibir sólo tres millones cada uno y pedían la aplicación textual del testamento original. Por supuesto, del formal ante notario, sin reconocer el que supuestamente había escrito su tío sobre una pared que por la vía judicial no tendría validez.

A todo esto ¿quién había visto a los famosos sobrinos Crawford? Por supuesto, el matrimonio Humbert los había tratado con frecuencia pero, según afirmaban, estos millonarios norteamericanos viajaban por todo el mundo en pos de sus negocios, tenían casas en muchos sitios, era imposible en suma localizarlos. Durante un tiempo el círculo más cercano se contentó con ello pero, al pasar a los tribunales, los sobrinos tendrían que hacerse presentes de alguna forma.

En ese momento entra en juego el señor Parmentier, abogado de El Havre. Es indudable que era un buen conocido de Frédéric Humbert con el que habría tenido buena relación. Tal vez incluso sabía que no tendría muchos escrúpulos legales si se trataba de ganar dinero, de manera que lo enroló en la trama. Era una figura indispensable en la serie de litigios que habrían de enfrentar a los Humbert y los Crawford.

Parmentier afirmaba que él había tratado al menos a uno de ellos:

“—Una mañana —aseguró—, vino a mi estudio un caballero rubio. «Quiero que se encargue usted de ayudarme a defender cien millones», díjome. Yo creí que era un loco. El, entonces, sacó del bolsillo un cuaderno de cheques, firmó uno, me lo dio y se fue, asegurándome que me daría instrucciones postales. Yo me quedé pensando que era un bromista o un demente. Más por la tarde, pasando frente al Banco, ocurrióseme entrar y presentar el cheque, por curiosidad. En el acto me dieron cincuenta mil francos” (El Liberal, 13.5.1902, p. 3).

En alguna ocasión, Mme. Humbert, cuando iba de paseo por jardines y paseos, había saludado a algún joven que pasaba diciendo a continuación a sus acompañantes: “Ése es uno de los Crawford. A pesar de todo somos casi familia y debemos saludarnos”. La superchería se llevó luego al plano legal, aprovechando los controles laxos de la Administración de la época.

Resultaba necesario que los reclamantes le otorgaran poderes al señor Parmentier para que éste les representara ante la Justicia parisina. Como eso se podía hacer en cualquier parte, el abogado llegó acompañado de un señor y dos testigos ante el notario Dupuy de Bayona. Dijo que aquel señor era uno de los sobrinos Crawford que en su nombre y en el de su hermano se presentaban como debían para otorgar poderes al abogado.

Dos testigos que confirmaran la identidad de aquel hombre bastaban para cumplir el requisito legal y, a ese propósito, allí se encontraron dos jóvenes que afirmaron la identidad de aquel Crawford. Como luego se supo, el farsante resultó ser Emile D’Aurignac y los testigos eran mozos del hotel donde se alojaba: Joseph Iturbide y Jean Louis Sallefranque, acostumbrados a hacer estos servicios a los clientes de su hotel a cambio de una buena propina.

“—Eso nos ha sucedido muchas veces —dijo Iturbide— con viajeros que vienen al hotel. Hemos servido de testigos, ya para cobrar una letra, ya para recoger valores declarados. Prestábamos ese servicio a los clientes, y no creíamos cometer ninguna mala acción” (El Heraldo de Madrid, 21.12.1902, p. 1).

A partir de estos argumentos, aprovechando faltas de control, utilizando recursos legales que podrían extender las reclamaciones casi *ad infinitum*,

manipulando a la Justicia en su provecho, la herencia de los Humbert se fue transformando en un mantra, en un reclamo continuo y persistente gracias al cual se confiaba en cobrar todas las cantidades que el matrimonio pedía en préstamo para financiar su magnífico tren de vida.

Ser otra

Todos, en mayor o menor medida, reescribimos nuestro pasado, utilizamos la memoria de forma selectiva recordando aquello que preferimos traer a nuestro presente antes que lo que rechazamos y pretendemos olvidar. Todo eso conduce a reinterpretar el pasado dándole un sesgo que, cuando era presente, nunca tuvo. De algún modo, pretendemos ser otros de los que realmente fuimos. Ese autoengaño que es la memoria resulta lo único que tenemos en realidad y debemos agarrarnos a ello siendo conscientes de la vaguedad de lo recordado, de qué modo la dictadura del presente se ejerce sobre el pasado.

Esto sucede en el interior de nosotros. Otra cosa es ser otros de los que fuimos o somos de cara a los demás. También nos sucede a todos porque deseamos causar buena impresión, ser apreciados o queridos por una o más personas de nuestro entorno. De todos modos resulta admisible resaltar nuestras virtudes ocultando nuestros defectos pero no mentir, engañar, transformar la realidad en la contraria.

Thérèse Aurignac nació en una familia modesta, sus padres carecieron de origen, de rango social. Amparada en la postura paterna de invención de un pasado noble y aristocrático, cuando tuvo que hacerse cargo de la familia a la muerte de su padre reveló que había adquirido plenamente su capacidad de fantasía e invención. Lo que en él no pasaba de una declaración de hechos imaginativos, ella lo puso a funcionar socialmente pretendiendo sacar una rentabilidad a lo imaginado. No bastaba con decir que se descendía de condes, que se disponía de títulos que nunca se mostraron. Hacía falta propugnar una herencia inexistente que cobraba realidad a los ojos de los demás para construir unas expectativas que podrían usarse como palanca para el objetivo final: ser otra, no la muchacha provinciana, sino una dama importante de París. No importaba ya ser descendiente de una nobleza fingida, eso no

cotizaba entre los valores de la época, menos dentro de un matrimonio con un miembro de una familia republicana. Pero el dinero sí era extremadamente importante para otorgarte una posición social y, si no había dinero, la esperanza de obtenerlo que ella transformaba en la certeza de que pronto iba a ser suyo.

De manera que, a través de préstamos, algunos de ellos conseguidos en circunstancias difíciles, con acreedores a los que se relegaba, esquivaba, frente a los cuales se fingía con artimañas de todo tipo, siempre amparados en la importancia de la familia, Thérèse Humbert fue obteniendo todo lo que había soñado con tener.

En los primeros escaños del proceso Crawford-Humbert impulsó a Frédéric a que obtuviera un acta de diputado en la Asamblea francesa por el distrito de Seine et Marne, donde la familia tenía algunas casas. Es cierto que tal posición solo le duró cuatro años no siendo reelegido por su actitud de izquierdista radical y seguidor de las doctrinas populistas de Boulanger, el general que se vio obligado a exiliarse en 1889. Siendo Humbert uno de los dirigentes del partido que le apoyaba, su acta de diputado no obtuvo ese mismo año el refrendo que pretendía. Acabada así su corta aventura política, se dedicó a la pintura (por entonces realizó su exposición) y a la poesía.

Esos años fueron cruciales para dar un sesgo adecuado al litigio que les enfrentaba a los sobrinos del millonario fallecido. Ese acta de diputado daba un prestigio dentro de los tribunales de París que, de otro modo, quizá no hubiera tenido. Mientras esto sucedía, con un esposo en la Asamblea, frente a las necesarias reuniones donde se mezclaban política, cultura y rumores de todo tipo, Thérèse consideró imprescindible adquirir una casa en consonancia a la nueva posición.

En 1886 negociaron con un conde la adquisición de un palacete en la avenida Gran Armeé, llamada así desde pocos años antes en honor a los triunfos de Napoleón.

“Es una gran casa de tres pisos, la fachada de piedra, y gran puerta cochera de roble macizo. Tiene en lo alto un escudo con la divisa: *Pro Fide et Patria*. Conviene advertir que el escudo y la divisa son del conde Branicki, a quien compraron la propiedad los Humbert en 1886 mediante 600.000 francos pagados... en papel. El interior es suntuoso, lleno de ricos tapices, muebles raros y cuadros notables” (Caras y caretas, 14.6.1902, p. 14).

Teniendo una casa semejante, amueblada con todo lujo, podía recibir con generosidad a toda aquella sociedad que podía haberla visto con algún recelo anteriormente, que la recibió con la falsa cordialidad que puede tener la gente refinada respecto a una provinciana que se ha instalado en una buena familia “de las de toda la vida”.

La condescendencia, el leve desprecio hacia su pasado, dejaba paso a cierta admiración por la nueva posición adquirida, al reconocimiento de su

triunfo en forma de nuevas miradas, visitas que se acompañaban con parabienes y un cierto tono de envidia disimulada que debía saberle a gloria después de las penurias pasadas en su juventud. Thérèse debía sentir que iba camino de triunfar allí donde quiso hacerlo, frente a aquellos que inicialmente se consideraban superiores a ella. Se volvió cordial, acogedora, amable, hasta ladina en sus comentarios, todo amparado en su rolliza figura, su ceceo que podía llegar al tartamudeo y su tono gascón al que nunca renunció, como si fuera un recordatorio ante los demás de quién había sido y eso contrastara con la que ahora era: otra.

Así fue construyendo un mundo social amparado por un dinero que era todo prestado, donde nada era suyo pero del que presumía como si lo fuese. Causó admiración, por ejemplo, la adquisición de un palco en la Ópera de París. Hay que decir que era un privilegio muy codiciado por toda la alta sociedad parisina, dada su escasez y raigambre familiar.

Cuando el titular de uno de estos palcos moría, la Ópera ofrecía la renovación a sus herederos y sólo en caso de que estos renunciasen a tal privilegio se acudía a una larga lista de peticionarios que deseaban adquirir uno de ellos al precio de 30.000 francos al año. Por eso causó sensación que el matrimonio Humbert se hiciese con el palco que había pertenecido nada menos que al barón Haussman, el diseñador del nuevo París, figura legendaria donde las hubiera.

De manera que allí llegaba la provinciana, la modesta muchacha del Mediodía francés, la que pedía fiado en las tiendas de su pueblo porque no le alcanzaba el dinero. Sonreía y saludaba mientras las arañas del techo arrancaban reflejos de sus espléndidas joyas que lucía sin rebozo y con naturalidad, como si las hubiera llevado toda la vida. Como si fueran suyas, sin serlo.

Estas reuniones en su palacete donde se gastaba sin tasa, estos palcos y las joyas, tenían un precio: había que conseguir préstamos y calmar a los acreedores cuando estos se impacientaban, todo en base a la gran fortuna que se suponía estaba contenida en el famoso cofre fuerte.

Podemos recordar, por ejemplo, el caso de un conocido y prestigioso joyero de la capital, caballero con la Legión de Honor, uno de los proveedores de la señora Humbert. A través de un amigo que la conocía supo que ésta se mostraba interesada en adquirir algunas importantes piezas de su muestrario. Dicho y hecho, se presentó en el hotel de los Humbert portando las piezas que deseaba ofrecerle. La dama le recibió entre sonrisas y examinó con detenimiento la mercancía escogiendo algunas joyas de gran valor. Naturalmente, el joyero no iba a cometer la grosería ante señora tan principal de dudar de su probidad de manera que le fió el montante de las primeras piezas por un valor de 125.000 francos.

Ante compra tan espléndida todo fueron parabienes y cortesías entre ambos, lo que sirvió a la señora Humbert para explicarle el origen de su fortuna y los pleitos a los que estaba obligada a enfrentarse para hacerla

efectiva. Es posible (lo hacía con algunos acreedores) que le mostrase el cofre herméticamente cerrado y que ella estaba incapacitada para abrir mientras no se dirimiesen los asuntos legales en los que entendía su marido, claro está, el conocido abogado y diputado de la Asamblea.

Aprovechó la circunstancia para pedir al joyero otros 125.000 francos en metálico, pues estaba falta de fondos en ese momento. Éste fue obsequioso, hizo la promesa de estudiar sus posibilidades y luego empezó a preguntar a sus conocidos cuál era la situación real del matrimonio Humbert. Le comentaron que parecían disponer de crédito ilimitado, que disponían de numerosas propiedades, su suegro era el célebre Gustave Humbert, el marido elegido diputado y el pleito contra los Crawford había de dirimirse indudablemente a su favor. Enterado de todo ello, el joyero acudió de nuevo al hotel con una sonrisa entregando a la agradecida dama un paquete con el dinero solicitado.

De esta forma, el matrimonio Humbert obtuvo el hotel de Gran Armeé, su residencia en París donde eran propietarios de dos decenas de casas más sin haber pagado ninguna. Incluso se atrevían en algunas ocasiones a formalizar una hipoteca sobre dichos inmuebles del mismo modo que las joyas terminaban en ocasiones en el Monte de Piedad e incluso revendidas al doble del precio en el que estaban tasadas por su proveedor.

Adquirieron de la misma forma nada menos que un castillo en Vives Eaux, cerca de Melon, a una hora de París, donde se retiraban en los meses de verano a disfrutar de ese castillo que Thérèse había soñado con heredar de una madrina ficticia. Para ir de un lado a otro se trasladaban por medio de alguno de los diecisiete carruajes de que disponían.

A ello había que añadir una casa de campo en Orsonville, con viñedos y una producción de vino que les producía una buena renta, de nuevo reconstruyendo desde una nueva posición social el mundo de su infancia, cuando su padre hacía trabajar a sus hermanos en un viñedo mucho más modesto y ella tenía que acompañarlos para repartir el vino entre todos los compradores.

Como en el caso del joyero parisino, todo se había adquirido en papel, es decir, fiándolo a una serie de pagarés firmados y pagados muy pocas veces, con todos los acreedores esperando que terminase el famoso pleito con los Crawford para embolsarse el principal y los pingües intereses que los Humbert se mostraban dispuestos a abonarles.

Trucos y engaños

La vida de los Humbert era en aquellos años, brillante, muy conocida en el mundo de la clase media parisina, enriquecidos como tantos otros por una gran mejora de la economía del país, los avances científicos y tecnológicos que no parecían tener fin. No era demasiado extraño que personas de cierta calidad hicieran fortuna de la noche a la mañana y las puertas del París mundano, el que ya anunciaba la *belle époque*, les abriera sus puertas.

“Desde mediados de octubre hasta mediados de junio recibían todas las semanas. Representaban comedias, farsas y pantomimas. Jugaban a las charadas. En las cenas abundantes, rociadas de buen vino, que daba la dueña de casa, tomaban parte diligentes representantes de las artes, de las letras, de las finanzas, del foro; miembros del Instituto, médicos célebres, sportmen, aventureros y bohemios. Nadie se aburría en ellas y algunos corredores de dotes empezaban a interesarse por la vida de Eva, quien, a los catorce años, parecía tener veinte, tan desarrollada estaba.

María Daurignac era, con la abuela Humbert, la organizadora de la casa.

Teresa, entregada enteramente a sus intereses, a sus pleitos, a sus préstamos, no tenía tiempo de mezclarse en aquellos detalles tan domésticos y terrenos. Federico, en su estudio o en su departamento, que había alquilado "para poder trabajar tranquilo", pintaba 'navets' históricos, retratos, lienzos de naturalezas muertas, a los cuales Roybet, el gran amigo de la casa, hábil pintor de rutilante paleta, les daba el toque final, influyendo él mismo para que cada año los admitieran en el Salón, en el que Federico solía obtener alguna mención honorífica” (Caras y Caretas, 26.11.1932, p. 145).



Familia Humbert. De izquierda a derecha, de pie: María, Romain y Eva.
Sentados: Frédéric, Gustav y Thérèse

Todo esto se sustentaba precariamente sobre la base de unos préstamos, la firma de unos pagarés, que terminaban por vencer. Naturalmente, todos los acreedores conocían la brillante vida social de Thérèse Humbert, sus muchos contactos en el mundo financiero, las relaciones profesionales de su marido, las influencias de su suegro.

Cuando más adelante se supo que habían llegado a obtener en préstamo a lo largo de los años entre 40 y 70 millones de francos, la opinión pública asistió, regocijada en algunos de sus sectores, a una considerable relación de deudores: a Scotman, de Lille, debían siete millones; 6,2 millones a Girard y C^o (de su propietario hablaremos a continuación); Marchand, de Dunkerque, les había dejado seis millones; Chateaux, de Roubaix, cuatro millones, lo mismo que Roulinat, de París, y así sucesivamente.

Ese dinero, en principio, había que devolverlo en determinados plazos y con sus intereses. Como decimos, todos estaban al corriente del asunto de aquella herencia cuyos litigios no acababan nunca, se les suponía una solvencia considerable gracias a sus relaciones e influencias. Pero algunos no podían esperar porque sus propios negocios flaqueaban y debían hacer frente a sus deudas.

El caso más terrible fue el del banquero Girard. Por aquel entonces el auge económico promovía la aparición de todo tipo de oportunidades en París, particularmente en el sector de la banca y los créditos subsiguientes. Se encontraban muchas posibilidades de negocio en aquellos años y era habitual exigir una gran facilidad para obtener créditos, algunos de los cuales quedaban impagados al no ser fructíferas las inversiones. La morosidad en los pagos podía ser grande si varios de estos créditos fracasaban, una situación habitual en los períodos de auge económico como aquel, cuando alguno de los grandes bancos de hoy en día nacían para hacer frente a estas necesidades del capitalismo, como es el caso del Credit Lyonnais.

A punto de la quiebra y el deshonor que eso suponía en un banquero, el señor Girard acudió a aquellos a los que había concedido préstamos y que no efectuaban los pagos correspondientes. Muchos estaban en la miseria o desaparecidos. Por eso fue a ver, desesperado, a la familia Humbert que le debía más de seis millones de francos y llevaba una lujosa vida social.

Se presentó una tarde en su mansión de la avenida Gran Armeé 65 y pidió hablar con la dueña de la casa. Ésta se presentó acompañada por su hermano Romain y le vino a decir lo que le decía a todos: que era imposible en ese momento, que el pleito se retrasaba, que cualquier acceso al contenido del cofre en herencia significaba perder todos sus derechos a la misma...

Girard se ofuscó. Si no conseguía la devolución de al menos parte del préstamo estaría arruinado y, con él, su familia, su reputación de honrado banquero. Ella lo lamentaba aunque pensando, probablemente, que si era así probablemente no tendría que soportar nuevos requerimientos del banquero. Girard sacó un arma, temblando de desesperación, y la conminó a sacar el maldito dinero del cofre donde lo guardaba. Intervino Romain, forcejearon, se

disparó un tiro al aire. Finalmente, el banquero se fue a empujones, convulso, casi llorando. Aquella noche volvió el arma hacia él y se suicidó.

Tras el descubrimiento del escándalo en 1902 salieron a relucir algunas de estas historias, las diversas técnicas empleadas por la señora Humbert, tanto para engatusar a posibles prestamistas, como para diferir o suspender los pagos comprometidos. Veamos algunas porque muestran una variedad sorprendente de recursos.

En cierta ocasión necesitaba un préstamo de medio millón de francos y se lo solicitó a un determinado concurrente a su casa. Acudir a alguna de sus fiestas tampoco significaba soltar ese dinero sin ton ni son, de manera que Thérèse le dijo:

“—Le aseguro a usted que se trata de un negocio magnífico. ¿Quiere usted una prueba? Pues he aquí: forma parte de la combinación Mr. Morgan, el riquísimo hombre de negocios extranjeros norteamericano.

Si quiere usted conocerle venga el lunes a almorzar en Vives-Eux con nosotros. Míster Morgan es de los invitados. Por si acaso se habla del asunto, traiga usted el dinero” (La Época, 12.1.1903, p. 1).

Dada la fama del señor Pierpoint Morgan en el mundo financiero eso justificaría cualquier inversión. Pues bien, el buen señor tomó el tren hacia Melon el lunes sin falta con la cartera bien repleta de billetes. Al llegar a la estación, se encontró con la señora Humbert que agitaba su pañuelo despidiéndose de alguien que marchaba en ese momento en otro tren.

“«—¡Cuánto siento— dijo Mme. Humbert, yendo al encuentro de M. X...- que se haya usted molestado. Nuestro amigo Morgan acaba de marchar a París, llamado por telégrafo. Ahora mismo acabo de despedirle. No obstante —añadió la habilísima trapisondista al notar que M. X. parecía contrariado- acompañen usted a almorzar. En cuanto al negocio, queda aplazado para otro día” (Idem).

Al llegar al castillo donde era tan bien recibido, el señor X se alojó en el cuarto de invitados que justamente había ocupado el millonario norteamericano hasta esa misma mañana. En él se encontraba un telegrama medio arrugado donde se requería al señor Morgan en París con urgencia. ¿Cómo dudar, pues, de la superchería? En el curso de una agradable comida regada con un buen vino, el señor X se consideraba satisfecho y el dinero cambiaba de manos. Al parecer, el truco del telegrama falso le sirvió repetidamente a los Humbert para deslizar todo tipo de información a sus invitados, como era el caso de otros que supuestamente recibía uno de los sobrinos Crawford, que acababa de estar con ellos intentando llegar a un acuerdo.

Si las promesas directas no servían, Thérèse se valía de métodos

indirectos, algunos de ellos refinados. El más conocido era mostrar a los dubitativos parte del contenido del cofre, extrayendo de él un sobre con letras de la Deuda Pública donde figuraban cantidades crecidas de trescientos o cuatrocientos mil francos. En el momento en que, aparentando ingenuidad e ignorancia aldeanas abría un poco el famoso cofre para ofrecer esta prueba de su contenido, surgía la mano de su hermano Romain que le decía escandalizado que lo guardara todo si no quería correr el riesgo de perder los derechos de la herencia.

El prestamista o acreedor de turno rogaba a la señora Humbert que no corriera semejante riesgo por él y se iba satisfecho al haber observado brevemente letras por tan elevada cantidad. Además, el hecho era comentado con otros de su círculo y se confirmaba en el mundo de los negocios parisinos la gran fortuna que tenían los Humbert en su casa.

Pasado el escándalo, la policía encontró una imprenta donde los Humbert llevaban letras por tres o cuatro mil francos que, por arte de una eficaz falsificación, veía sus cantidad con varios ceros añadidos.

La variedad de recursos de Mme. Humbert para engañar estaba llena de imaginación, siempre con la alianza de algún cómplice: uno de sus hermanos o alguien contratado por Parmentier. En cierta ocasión, llegó a su casa un prestamista reclamándoles el pago de trescientos mil francos que se le debían. Lo recibió Thérèse con gesto altivo y ofendido respondiéndole secamente: “Venga usted mañana a la misma hora y cobrará lo que se le debe”. A continuación, le volvía la espalda y salía de la habitación sin despedirse.

“Ya en la calle el cliente, un poco desconcertado, encontró a un caballero: —¿Es cierto—preguntóle éste— que Vd. quiere deshacerse del crédito de 300.000 francos que tiene con Mad. Humbert? —Sí, señor—. Pues yo le propongo adquirirlo inmediatamente.

Para mí es un negocio redondo el participar en los negocios de esa casa. Acabo de saber que el Tribunal de Casación ha sentenciado en el asunto de la herencia Crawford en favor de los Humbert.

Y encaminándose a un café los dos interlocutores procedieron a realizar la operación convenida. El cliente entregó sus documentos de crédito y el caballero dióle en cambio trescientos mil francos en excelentes billetes del Banco de Francia.

Mohino y desconcertado el cliente comenzó a pensar si habría hecho una tontería deshaciéndose de aquéllos, que le aseguraban una participación en los negocios de la Casa Humbert.

Era indudable que le habían entregado los trescientos mil francos, y nadie arriesga tal cantidad por créditos dudosos... Y dirigióse de nuevo a casa de la mágica embaucadora. Hallóla altiva y displicente. El mostróse arrepentido y humilde.

—Señora, hágame Vd. el favor de aceptar los trescientos mil francos y doscientos mil más que le traeré mañana.

Y con su gesto de reina—y entonces de reina ofendida,—Mad. Humbert se dignó recoger la ofrenda” (El Imparcial, 20.12.1902, p. 1).

Mientras tanto, como se ha indicado en este último caso, el litigio que los separaba de los Crawford seguía avanzando en el tiempo, no tanto desde el punto de vista jurídico.

En 1890 la Corte de Apelaciones de París atendió la reclamación del matrimonio condenando a los sobrinos a aceptar los seis millones de la transacción ofrecida. Inmediatamente, estos recurrieron la sentencia ante la Suprema Corte, que vio el asunto dos años después. Su sentencia fue la misma: el compromiso de la boda de María D’Aurignac no figuraba en la transacción y, por tanto, no resultaba una condición indispensable para su aplicación.

Entonces Henri Crawford planteó un nuevo pleito aduciendo que su hermano Robert había llegado a un pacto secreto con los Humbert para casarse él con María privándole del derecho a la fortuna. La contestación de los Humbert consistió en un nuevo litigio donde reclamaban poder extraer los seis millones del cofre en su custodia. Los Crawford apelaron sobre la base de que ellos no querían recibir nada mientras no se aclarasen los términos de su propio pleito.

El caso se arrastraba por los tribunales con la experta guía del abogado Frédéric Humbert que, no sería un portento vistiendo la toga pero sí sabía diseñar un complicado entramado de causas, apelaciones y recursos que se arrastraran de tribunal en tribunal de manera interminable. Ocho años más habrían de pasar hasta que el caso adquiriera un nuevo y espectacular giro en 1900. Años en que moriría Gustave Humbert, el patriarca de la familia, disminuyera su influencia y, con ella, los jueces y tribunales miraran con mayor rigor qué estaba pasando con este pleito interminable.

Hasta entonces, abogados y jueces sabían que en la avenida de Gran Armeé se celebraban reuniones donde iban los más importantes políticos, aquellos de cuya voluntad dependían condecoraciones, ascensos y nombramientos. Por eso aquella mujer que reclamaba la devolución de un crédito y que públicamente había acusado a los Humbert de ser unos falsarios, fue sentenciada como loca y encerrada en un manicomio, tras el pleito planteado por Thérèse, donde le acusaba de difamación.

Como digo, la influencia política acababa. A las alturas de 1900 el pleito por la dichosa herencia se extendía a lo largo de casi dos décadas. Aunque no parecía tener fin, un avisado acreedor dio con un detalle que los Humbert no pudieron prever y al que los tribunales no habían prestado ninguna atención.

La apertura del cofre

El jueves 8 de mayo de 1902 llegaban a París confusas y alarmantes noticias procedentes de la Martinica, una isla francesa del Caribe.

“Según noticias llevadas a Saint-Thomas por el capitán del vapor Boddam, la ciudad de San Pedro (Martinica) ha quedado completamente destruida, sepultada en lava y ceniza, a consecuencia de las erupciones del volcán de Monte Pelado.

Añade que la mayor parte de los habitantes de la ciudad, cuya población se elevaba a 20.000, han perecido. Refiere además que casi todos los buques que se encontraban anclados en su rada se fueron a pique a causa del cataclismo y que el vapor Boddam logró salvarse milagrosamente, haciéndose a la mar, pero con pérdida de 17 tripulantes.

Hasta ahora no hay más informes sobre tan espantosa catástrofe que los comunicados por el citado capitán” (El Heraldo de Madrid, 9.5.1902, p. 2).

Durante al menos una semana diversos temblores de tierra, altas fumarolas y pequeñas erupciones volcánicas habían ocasionado la huida de la población campesina hacia St. Pierre, la capital de la isla. El gobernador, deseoso de no alarmar a la población optó por no organizar una evacuación de las treinta mil personas que se acumulaban desde entonces en la ciudad.

“A las 7.30, el volcán entró en fase de erupción cataclísmica declarada, arrojando grandes cantidades de lava. Una colosal y densa columna piroclástica se elevó a más de 10 km de altura, desarrollándose con gran rapidez. Treinta minutos más tarde esta misma columna, al ceder la presión inicial de empuje vertical, colapsó y con una temperatura de entre 400-1000 °C descendió por las laderas cubiertas de lava incandescente hasta cubrir el terreno y asolando completamente St. Pierre y el mismo puerto” (Wikipedia).

La ayuda tardó cuatro días en llegar para encontrar tan solo a cuatro supervivientes, dos de los cuales morirían en los siguientes días. La asfixia en muchos casos, la incineración en otros transformó para siempre la historia de la isla en una de las mayores catástrofes naturales que el mundo habría de

conocer en el siglo XX.

Sin embargo, la Martinica estaba muy lejos de París y en la ciudad de lo que más se hablaba en aquellos días, lo que causó un escándalo considerable y corrió de boca en boca, fue la noticia de la estafa que los Humbert habían organizado en lo mejor de la sociedad parisina durante casi veinte años.

Es indudable que la muerte del senador Gustave Humbert en 1894 había privado a su hijo de la consideración de la que disfrutaba en otro tiempo. Por entonces, el pleito que separaba al matrimonio de los sobrinos Crawford parecía eternizarse en un continuo ir y venir de reclamaciones, sentencias y apelaciones, siempre con el desacuerdo entre ambas partes. Con todo ello, la situación de los acreedores empezaba a ser en algún caso desesperada, como hemos visto en el asunto Girard. En muchos otros, a la exasperación e impaciencia de la espera se unía el hecho de que la protección senatorial dejaba de ser válida.

Para entonces los Humbert habían creado, dentro de su entramado, una nueva forma de engaño: la Caja Social de la Renta Vitalicia. Ésta era una sociedad que captaba el dinero de pequeños ahorradores especializándose en invertir esas cantidades al objeto de producir rentas. Situada en la calle Aubert 17 la dirigía Romain D'Aurignac, el eterno viajero vuelto del Cáucaso y Madagascar para dirigir el negocio familiar que producía rentas a un depositario a partir del capital de otro en una especie de estafa piramidal hoy en día bien conocida.

Mientras tanto, los Humbert seguían ganando sus pleitos, lo que resultaba esencial para garantizar su futura solvencia, pero siempre quedaba un pequeño espacio a los alegatos de los Crawford, que se negaban a acatar sin más las resoluciones judiciales que, de todos modos, se arrastraban perezosamente de juzgado en juzgado a lo largo de los años.

Que se llegaba a la etapa final debieron sospecharlo hacia 1900. Entonces, uno de sus acreedores que, en representación de la casa Girard y C^o, les reclamaba el pago de más de seis millones de francos, prestó interés a un detalle que, sorprendentemente, en los tribunales no se había observado: los hermanos Crawford no parecían tener domicilio reconocido.

Al ser representados por el abogado Parmentier nadie había observado irregularidad alguna en sus reclamaciones ya que, legalmente, no estaban obligados a presentarse en persona ante los tribunales. Sin embargo, revisando los ya largos expedientes sobre el caso, un tal señor Duret, representando a la casa en cuestión, se dirigió al domicilio que figuraba oficialmente en los mismos: Broadway Street 1202, Nueva York. Allí le afirmaron no saber quiénes eran los Crawford, algo que puso en conocimiento del tribunal que juzgaba en ese momento el caso.

A través de Parmentier los aludidos adujeron tener más de veinte residencias y que, por comodidad, habían ofrecido a los tribunales franceses la dirección de unos amigos suyos en la ciudad norteamericana más conocida. El razonamiento era, cuanto menos, insatisfactorio. Algunos debieron recordar lo

que el conocido abogado Waldeck-Rousseau, antiguo presidente del Consejo de ministros, había comentado varias veces desde 1897, cuando intervino en el proceso: “El caso de los Humbert es la mayor estafa del siglo”.

Los pleitos siguieron arrastrándose por el Juzgado pero los papeles ya se agitaban en las manos nerviosas de los distintos jueces que no temían, como en otro tiempo, recibir malos informes personales en las veladas celebradas en casa de Madame Humbert, una vez que la influencia política de su suegro había desaparecido.

A principios de 1902 se rompió el tabú del silencio: el reportero F. Mouthon publicó en el diario “Le Matin” una serie de artículos donde desvelaba la supuesta trama de los Humbert, sus métodos y especulaba libremente con la falsedad del contenido de aquel célebre cofre de hierro, donde afirmaba no ocultarse cantidad millonaria alguna.

Aunque los Humbert le amenazaron con un juicio por difamación, la suerte parecía estar echada. Otro de los acreedores, un prestamista llamado Cattai, presentó en abril una petición para que se inventariasen por vía judicial todos los bienes del matrimonio, incluido el contenido de su caja fuerte. Su abogado era el influyente señor Vallé, que habría de ser nombrado ministro en poco tiempo. Los afectados protestaron aduciendo, como tantas veces antes, que abrirla sin el consentimiento y la presencia de los Crawford supondría su renuncia a los derechos de la herencia. El juez Ditte, presidente del tribunal del Sena, que había recibido la solicitud del acreedor, ordenó finalmente que el 8 de mayo acudieran a la avenida Gran Armeé tres notarios, el procurador de la República y el juez de instrucción Forichon, que dirigiría el inventario.

La noticia corrió por todo París porque los Humbert eran figuras muy conocidas, sus acreedores muchos y la historia de los millones que habían heredado resultaba legendaria. Una gran cantidad de periodistas y curiosos se arracimaron a las puertas de la mansión mientras corría la voz por toda la calle: los Humbert no estaban. Habían sido vistos la noche anterior en su palco de la Ópera haciendo como que no sucedía nada, saludando amablemente a sus conocidos. Sin embargo, algunos afirmaban saber de buena tinta que por la noche tenían unos coches preparados, las maletas hechas y que habían huido sin que se supiera su destino.

Al cabo de las horas salieron dos operarios llevando en una carretilla el famoso cofre fuerte que aparecía custodiado por el juez Forichon. En su interior se había encontrado un título viejo de la renta del Paraguay, una alhaja falsa que apenas costaba diez francos y algunos papeles sin valor. Los millones, si alguna vez existieron, habían volado, como los propietarios de la casa.

Naturaleza del engaño

Una sensación de indignación pero también de vergüenza debió cubrir a todos los banqueros, prestamistas, políticos, jueces y abogados, que se habían dejado seducir y engañar por el matrimonio Humbert. Sin duda, se preguntarían cómo había sido posible sostener la mentira en torno a la herencia Crawford durante casi veinte años sin que nadie sospechara nada, sin que ningún órgano judicial investigara la validez del asunto. No se sabía quién era aquel millonario americano, de hecho no se tuvo constancia en ningún momento de la existencia de ese dinero. Prácticamente nadie había visto tampoco a los sobrinos que, con su sistemática oposición a Thérèse Humbert, lograron dilatar el proceso de una manera indefinida sin que se requiriera su presencia.

Todos se habían dejado guiar por la fascinación del dinero y la posición social de la que parecían disfrutar los estafadores. En su mansión de la avenida Gran Armeé se tejieron alianzas y acuerdos, se extendieron influencias y se decidieron destinos, premios y condecoraciones. La palabra clave es la de “influencia”. Los Humbert, con el paraguas protector del senador Gustav Humbert, disfrutaron de la influencia de decidir cargos, enterrar aspiraciones, tanto políticas como empresariales, al tiempo que hacían ostentación de lujos que los encuadraban en la élite de la sociedad parisina de la época. Pertenecer a la aristocracia era importante pero en aquellos tiempos republicanos, con la economía boyante como pocas veces, haciéndose negocios constantemente sin apenas garantías ni controles, donde el principal valor era el dinero y su acompañante más asidua la posición social, los Humbert supieron captar como nadie aquello que fascinaba a los nuevos ricos.

La actitud de los Humbert fue siempre la de buscar la debilidad de aquella persona que deseaban captar. Casi invariablemente, esa debilidad correspondía a los deseos de aquella época: la codicia por el dinero y unos suculentos intereses, la ambición y el deseo de ostentar un nuevo cargo, una prebenda, un privilegio. Para todos ellos, los Humbert ofrecieron esperanzas de conseguir aquello que anhelaban. De esta manera, cuando te ofrecen aquello que deseas, cuando te muestran al alcance de la mano tu principal objetivo, tus sentidos se ofuscan. No quieres, no necesitas comprobar la veracidad de esa oferta, si podrán pagarse los intereses, qué hay de cierto en las promesas, si ese nombramiento realmente puede llegar. No desconfías sino que te entregas a tus deseos y a aquellos que te los ofrecen. Para los recalcitrantes y desconfiados, Thérèse tenía sus maniobras y trucos de prestidigitador que venían a mostrar la fiabilidad de sus promesas de dinero hasta provocar que el desconfiado se sintiera ridículo y faltando a la más elemental cortesía en señora tan principal.

Como sucedería en España un siglo después con el caso del “pequeño Nicolás”, el grupo social en el que se mueve el impostor queda fascinado por el encanto personal de aquella persona, las promesas vertidas, las ganancias suculentas que habrán de llegar. La fascinación va de la mano de determinadas pasiones (ambición, codicia) que nublan el sentido y derriban los necesarios controles que pudiesen verificar la viabilidad de todo lo prometido.

Para evitar esta situación deben existir esos controles y ser externos porque el propio grupo social engañado no es capaz de emplearlos. ¿Qué sucede entonces cuando lo más granado de la sociedad en política y justicia forman parte de ese grupo engañado? ¿Qué sucede cuando los propios responsables de ejercer el control, los que más debían ser reacios al engaño, son los objetivos de los estafadores, el grupo social al que dirigen sus mentiras?

Eso debieron preguntarse en aquel tiempo todos los que habían sido engañados por los Humbert. Al mismo tiempo les invadiría, salvo algunas excepciones justificadas por su desesperación financiera, una sensación de vergüenza tanto ante sí mismos como, lo más importante, frente a sus colegas que no habían sido engañados. Ser estafado de esta manera era ridículo en sí mismo pero imperdonable en un hombre de negocios al que se le presume tener más conocimientos, ser más astuto y hábil, que otras personas. Quedaba en evidencia así que les había cegado la codicia en no pocos casos, fiándose de grandes intereses y sin medir con prudencia la posibilidad de un impago. Como en el caso madrileño del “pequeño Nicolás” nadie deseaba ser relacionado con el impostor y, si resultaba inevitable, aducir pequeñas pérdidas. Si aún eso era imposible, lo que se quería era tapar el asunto en cuanto se pudiera, que dejara de ser noticia y pudiera olvidarse en el más breve plazo posible.

En el caso de los Humbert eso era imposible porque estaban fugados, la policía francesa los buscaba por toda Europa y el tema atravesó todo el año 1902 en Francia hasta extremos insospechados.

Por entonces era primer ministro el mismo Waldeck Rousseau que había afirmado cinco años antes, cuando era un político reputado y abogado de fama, que aquello de los Humbert parecía “la estafa del siglo”. Poco antes de estallar el escándalo se había apartado prudentemente renunciando a seguir presidiendo el Consejo de ministros, a la espera de que las fuerzas políticas le llevaran hasta el Elíseo algunos años después. Tanto él como otros preveían una dura lucha entre las fuerzas de centro derecha y la alianza de radicales y socialistas que ocupaban la banda izquierda del espectro político. La primera batalla se dio el 2 de junio de aquel año, un mes después de estallar el caso Humbert.

Se trataba de elegir al presidente de la Cámara después de que el señor Deschanel, conocido representante de la derecha, lo hubiera hecho durante dos legislaturas. Pero la situación había cambiado, las fuerzas políticas eran diferentes. De ahí que solo obtuviera 267 votos frente a los 303 de León

Bourgeois, respetable miembro de la izquierda radical, antiguo primer ministro en 1895. Del mismo modo, al día siguiente fue elegido Emil Combés como primer ministro.

Las tensiones políticas entre fuerzas tan igualadas estuvieron a la orden del día durante todo el año, sobre todo a raíz de la decidida política anticlerical seguida por el primer ministro y que llevó incluso a la ruptura de relaciones con el Vaticano. También el asunto Humbert salió a la palestra un mes después de estas sesiones parlamentarias, con una interpelación de un diputado de la derecha y la respuesta tranquilizadora del ministro Vallé, encargado del asunto. En ella afirmó que, por desgracia, se tardaría en localizar a los fugados, ya que disponían de medios económicos abundantes, pero que sin duda se daría con ellos y habría revelaciones sobre sus negocios. Estas intenciones y promesas acallaron de momento las protestas. En todo caso, Vallé sostuvo que aquel era un asunto judicial, no político, en un intento de restar argumentos al creciente enfrentamiento político en la Cámara.

Seis meses después, el 7 de diciembre, los ánimos estaban muy encendidos y el asunto Humbert fue de nuevo la espoleta del monumental escándalo sucedido entonces. Se sabía que el entonces primer ministro Loubet acudía a la sesión con el decreto de suspensión de las reuniones parlamentarias. Eso resultaba para la derecha una medida solapada que pretendía impedir a la oposición que alzara públicamente la voz contra las reformas gubernamentales.

Para entonces hacía siete meses que los Humbert estaban en paradero desconocido, lo que había costado varias destituciones: en octubre la del jefe de Seguridad, señor Cochefort, por su ineficacia, y en noviembre la del juez encargado del caso, incapaz de adoptar medidas de vigilancia sobre la búsqueda de los fugados. Aquello olía a negligencia y escándalo, algo que fue aprovechado en aquella sesión parlamentaria por el diputado nacionalista Gauthier.

De nuevo, Vallé tuvo que salir a la tribuna para explicar el estado de la búsqueda. Sin embargo, en el ambiente crispado de la Cámara aquel día, aseguró con cierta malevolencia que, a fin de cuentas, el principal responsable de la estafa, Frédéric Humbert, no había sido republicano (como los de su partido) sino boulangista (muy cercanos a los nacionalistas que le interpelaban).

Esa provocación causó la inmediata reacción de estos últimos que se levantaron al unísono gritando: “¡Judíos! ¡Vendidos a los judíos! ¡Miserables! ¡Vendidos a Alemania!”. Intentando dominar el tumulto y completamente exaltado, el ministro Vallé aullaba en la tribuna: “¡Los enemigos de la República se sirven del proceso Humbert para arremeter contra el gobierno!”.

Uno de los nacionalistas, Paul Coutant, le increpó sonoramente: “¡Mentís como un faquín!” (mozo de cuerda). El insulto movilizó a los diputados de la izquierda que, saliendo de sus asientos, arremetieron contra los que gritaban aún: “¡Respeto por la ley! ¡Paz para la República!”. El tumulto

fue extraordinario combatiéndose a brazo partido en toda la Cámara. Las crónicas hablan de hemorragias nasales, levitas desgarradas, corbatas deshechas.

La situación llegó a tal extremo que el presidente del Consejo se dirigió a la tribuna para leer a voces el decreto de suspensión de las sesiones parlamentarias. Los diputados nacionalistas se lo impidieron a golpes y empujones. La sesión tuvo que interrumpirse media hora después. Reanudada por la tarde con más incidentes pero con la presencia militar reclamada por el presidente de la Cámara, la sesión culminó con la expulsión de varios diputados nacionalistas, entre ellos Coutant, que se negó a disculparse por su insulto matinal.

En ese ambiente se vivía crispadamente el asunto Humbert en los medios políticos de París, si bien aquel escándalo resultaba instrumentalizado por la oposición para resaltar la ineficacia del gobierno en atrapar a los fugados. Todo el mundo deseaba pasar página sobre tan desagradable asunto pero el hecho de que estuvieran en paradero desconocido impedía la conclusión del asunto.

En paradero desconocido

Lo que se preguntaba la opinión pública, los reporteros y políticos, los acreedores y jueces es dónde estaban escondidos los Humbert. No eran pocos los fugados puesto que al matrimonio había que sumarle la hermana María, la hija Eva y el principal hermano cómplice Romain. Al parecer Emil, el mayor, era un hombre de paja al que utilizaban sin darle apenas explicaciones, poniéndole incluso al frente en ocasiones de la Sociedad creada para recoger dinero de los pequeños depositarios. Por aquellos días Emil fue detenido y la sociedad hubo de liquidarse con cuatro millones de pérdidas. Tras permanecer en los calabozos durante una semana y ser finalmente liberado, el hermano de Thérèse marchó hacia Túnez donde no dio que hablar, probablemente por su

deseo de llevar una vida retirada y alejada de la estafa perpetrada por su hermana y cuñado. El juicio contra ellos y él mismo le obligaría a volver.

Otra hermana de Mme. Humbert, María Luisa, vivía en París. Tras la muerte de su marido el cónsul francés en Bakou, se encontraba en la indigencia y acudía de vez en cuando a su rica y encumbrada hermana en busca de una limosna que le permitiera sostenerse. Ésta se la entregaba a través de la camarera, al objeto según le había dicho, de que sus importantes amistades no la vieran junto a una hermana en esas condiciones.

Fue precisamente ella la que acudió a la mansión de la avenida Gran Armée el mismo día de la fuga. En el patio se puso a hablar con la camarera, que parecía nerviosa y afirmando de forma misteriosa que las cosas iban a cambiar mucho a partir de ese momento. M^a Luisa fue testigo de cómo se detenía un fiacre observando que en su interior viajaba al menos el matrimonio Humbert. Mientras esperaba que su hermana descendiera del carruaje, la camarera se acercó para entregar a Thérèse un paquete. El fiacre entonces reanudó su camino sin que ninguna de las personas presentes en ese momento supieran su destino.



Romain D'Aurignac

Se tardó un poco más en saber que Romain D'Aurignac también había escapado aquella misma tarde junto a una desconocida. La policía dio finalmente con el cochero que le había llevado de un lado a otro de París, desde los bulevares a una peluquería, luego hasta la calle Sezé donde subió aquella señora. Más tarde se acercaron a la calle Duret de uno de cuyos portales salió un criado que le dio una bolsa de viaje. Posteriormente tomaron un café frente a la estación de Saint Lazare para marchar después hasta la del Norte donde iban a tomar un tren sobre las siete de la tarde. El cochero no pudo saber qué destino llevaban.

Empezaron a correr rumores de haber sido vistos en varias ciudades y países europeos. En primer lugar, llegó la información de que el matrimonio había estado comiendo en un hotel de Liverpool. La noticia generó una gran atención de la prensa inglesa recibiendo información de varios testigos que dijeron haberse encontrado con ellos, unos por la calle, otros tomando un

vapor en Cardiff. Para allá fue la policía francesa, que habría de movilizarse en los siguientes meses, informando finalmente que no había pista convincente alguna sobre la presencia de los Humbert en Liverpool.

Cuando la pista inglesa fue abandonada el 25 de mayo de 1902, dos semanas después de la fuga, se abrieron nuevas posibilidades. La que finalmente menos peso tuvo radicó en Grecia, donde supuestamente habrían llegado a través del puerto italiano de Bari. Se hablaba el 28 de mayo de que se habían refugiado en Petras. Lo cierto es que los rumores sobre Grecia renacían de vez en cuando y no fueron descartados hasta cuatro meses después, cuando los inspectores franceses se hartaron de perseguir los rumores que los situaban en la península helénica.

Mientras tanto, nuevas noticias alarmaban a los periódicos franceses, en este caso dos robos de cierta importancia. El 21 de mayo fueron saqueadas dos de las residencias de los Humbert fuera de París, ambas precintadas días antes por el juez de instrucción. En Celeyran, cerca de Narbona, los ladrones rompieron los sellos judiciales para apoderarse de alhajas, servicios de plata y otros bienes. En Vives Eux, junto a la ciudad de Melon, los amigos de lo ajeno penetraron por la ventana del salón tras romperla, llevándose consigo valiosos cuadros de Corot y hasta un posible Rafael valorado en doscientos mil francos.

La simultaneidad de ambos robos, el atrevimiento y eficacia de los que los perpetraron, daban a entender que era una misma banda la que se había repartido la tarea. Se habló de que fueran cómplices de los Humbert, que les habrían encargado esas sustracciones de objetos valiosos que no habían tenido tiempo de llevarse. Se rumoreó incluso que podrían haber sido contratados por algunas personas influyentes, tal vez acreedores millonarios, dispuestos a cobrarse la deuda *manu militari*. Todo eran rumores aquellos días sin que la policía diera una respuesta creíble a la fuga ni al robo.

Se reforzó la vigilancia de estas propiedades y, con el tiempo, se procedió a la venta de lo que habían dejado los Humbert en su huida. El famoso cofre fuerte donde habían estado supuestamente sus millones de la herencia fue subastado obteniéndolo un anticuario parisino en 1.600 francos. Sin embargo, el verdadero éxito lo obtuvo la subasta efectuada en un hotel de la capital de las ropas de Mme. Humbert, lujosas y evidentemente señaladas por el morbo de la población femenina, alguna de la cual había asistido a sus fiestas.

“La venta de las ropas Humbert ha sido un verdadero acontecimiento, habiendo acudido numeroso gentío, predominando lo más mundano y vistoso del bello sexo.

Los sombreros, los manguitos, las pieles y otros objetos y prendas de uso personal de Mad. Humbert, han alcanzado altísimos precios: Algunas prendas se han vendido mucho más caras de lo que cuestan en los almacenes” (El Imparcial, 11.11.1902, p. 2).

Volviendo a su persecución por Europa, la pista más persistente surgió

en el mes de julio situando a los Humbert en alguna finca entre Lovaina y Bruselas, en Bélgica. El día 2 de ese mes un empleado de Correos en la primera ciudad afirmó haberse encontrado a Romain D'Aurignac ante el mostrador, preguntando si había llegado alguna carta en lista de correos. Se supone que adujo otro nombre pero el empleado creyó reconocerle y avisó de inmediato a la policía que siguió a aquel hombre. Tomó un coche hasta la estación donde dijo iba a tomar un tren para Bruselas. Sin embargo, allí el policía que le seguía sin apoyo alguno le perdió la pista.

Cuando el empleado y el cochero fueron confrontados con un retrato del fugado, ambos dijeron reconocerle. De manera que un inspector francés se desplazó hasta la ciudad para seguir esta prometedora pista. Allí supo que frente a la localidad de Neyst sur Mer se había detectado la presencia repetida de un yate que no permitía que ninguna otra embarcación se acercara.

Varios días después el citado inspector afirmó que nuevamente la pista parecía ser falsa pero algunas autoridades belgas, como el procurador general, le desmintió aduciendo que era una información premeditadamente falsa para que los huidos se confiaran y poder atraparles. Lo cierto es que de la estancia en Bélgica de los Humbert nunca más se supo.

Quedaba la pista española pero sobre todo, la que pasaba por este país para embarcar con dirección a Sudamérica, donde había residido Romain varios años antes de implicarse en París en los planes de su hermana. El destino podía ser Argentina, en cuyo caso los policías franceses se trasladaron a Barcelona, Cádiz y San Sebastián, por donde habrían tenido que pasar o embarcarse. Si el objetivo, en cambio, era Brasil la apuesta más lógica sería tomar un barco en Lisboa, por lo que nuevamente los sufridos inspectores se trasladaron a la capital portuguesa.

La fuga portuguesa había surgido enseguida, tras apenas cinco días después de la fuga. Se afirmó que habían sido vistos en Nantes tomando un barco para la Argentina, país que por cierto no tenía tratado de extradición con Francia para este tipo de delitos. De hecho, ya que estos barcos hacían escala en Lisboa antes de atravesar el Atlántico, inspectores franceses registraron a fondo el 20 de mayo un vapor correo en el puerto de esta última ciudad.

El rumor sobre Brasil volvió con fuerza bastantes meses después. En noviembre de 1902 se informó que dos inspectores franceses habían estado de incógnito en Lisboa. En la fonda donde se alojaron dijeron ser comisionistas españoles pero la propietaria supo enseguida que no era cierto puesto que hablaban español con dificultad. Puesta en contacto con un periodista lisboeta éste les siguió hasta el consulado francés, por lo que ya no le cupo duda de que aquellos eran policías buscando a los Humbert.

Enfrentados a la noticia, la gendarmería francesa se vio obligada a admitir que estos inspectores vigilaban tanto el puerto de Lisboa como el de Oporto y que procedían a marchar hacia Río de Janeiro en breves días. Se supuso entonces que los fugados estaban localizados y estos policías iban a detenerlos y encargarse de su traslado. Pero no fue así y el 19 de noviembre se

les vio volver con las manos vacías de la ciudad brasileña.

No obstante, las afirmaciones que los situaban en la frontera hispano portuguesa eran persistentes, así como los que sostenían que se escondían en un convento catalán, sea el de Montserrat u otro de Areyns de Mar. Habrían entrado en ellos solicitando asilo y, por tanto, la policía no se decidía a practicar un registro y detenerlos.

No hubo nada de eso pero la pista española, la última en surgir con fuerza, no tardaría en dar resultado.

La captura

En la medianoche del viernes 20 de diciembre de 1902 la policía madrileña rodeó un hotel en la calle Ferraz número 33. Habían pasado siete meses y medio desde la fuga de los Humbert de su mansión en París y su aventura estaba a punto de concluir.

El inspector Caro golpeó entonces la puerta del edificio dando grandes voces: “¡Abran a la autoridad!”. El hotel no era lo que hoy se conoce como tal sino una especie de chalet de varios pisos habitados por distintas familias. Se encendieron las luces que hasta ese momento estaban apagadas en todas las ventanas.

En el principal derecha en que estaban clavadas las miradas de la policía se notaron voces apagadas, cuchicheos en el silencio de la noche. Una ventana trasera se abrió y apareció alguien con una bolsa grande, dispuesto a escapar de alguna forma. Al comprobar que los guardias también estaban por aquella parte la figura volvió a meterse y cerrar la ventana.

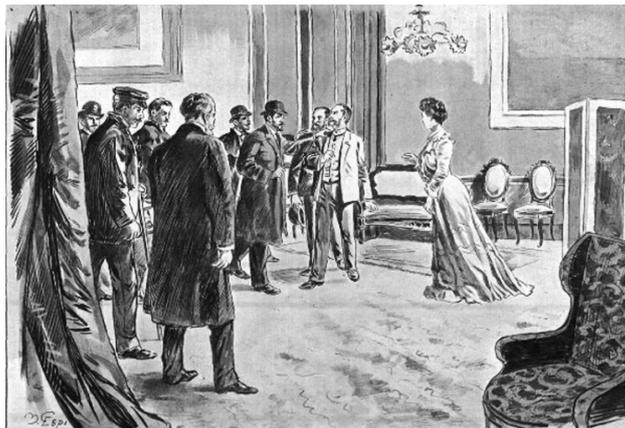
Caro insistió, más decididamente. Finalmente, la puerta se abrió y apareció un hombre de poco más de cuarenta años, estatura elevada, barba larga con la que había intentado simular ser distinto de los retratos que habían circulado por la capital.

- ¿Quién es usted? -le dijo el inspector-, ¿cómo se llama?

El hombre se encogió de hombros con aspecto cansado.

- ¿Para qué negar? Somos los Humbert.

Concluían así largos meses de búsqueda por toda Europa y Sudamérica. Cuando Frédéric, que era el que había salido, declarase y fueran interrogados los demás que permanecían en la casa, todos en ropa de dormir en ese momento, se aclararía el misterio de su huida.



Captura de los Humbert

Habían salido de París el 7 de mayo y no hicieron itinerario alguno por ciudades europeas. Se dirigieron directamente a Madrid donde llegaron dos días después. En la estación debieron preguntar por algún piso en alquiler dirigiéndose todos a la calle Marqués de Urquijo número 4. Allí Romain, que dijo llamarse Pedro Duval, preguntó en un español aceptable que había aprendido en sus correrías por Sudamérica, si podían ocupar inmediatamente las habitaciones.

Tras una espera que aprovecharon para comer, volvieron por la tarde para finalmente alojarse allí. Dieron pocas explicaciones a la portera y al vecindario, saliendo muy poco durante los primeros meses. Romain, que no tenía dificultad con el idioma como los demás, era el que iba a la calle para proveerse de comida y comprar algunos muebles que les eran necesarios.

A los vecinos les pareció una familia algo extraña, sobre todo por ese interés en no relacionarse con nadie y salir tan poco. La mayoría comprendía que si eran extranjeros y no sabían hablar en su mayoría no les apetecería salir, pero otros opinaban que algo debían ocultar para no hacerse ver.

Pese a que en su captura no les fueron encontradas grandes cantidades de dinero, la señora Humbert se había aficionado al lujo en determinados aspectos y no renunciaba a ello. Se supo entonces que acudía con alguna frecuencia a una perfumería del centro de Madrid donde terminó por ser muy apreciada.

Allí adquiría perfumes de los más caros, colonias de todo tipo. En cierta ocasión pidió una crema para la cara de tal rareza por aquellas latitudes, tan cara, que la dependienta le dijo apurada que allí no la tenían, que podrían pedirla a Londres y estaría al cabo de unos días. Thérèse estuvo de acuerdo y volvió al cabo de aquel tiempo para llevarse, por varios miles de francos, la crema solicitada.

Habitualmente acudía acompañada por dos hombres, que serían Frédéric (se hacía llamar señor Blanco) y Romain. Naturalmente, con esa actitud acogedora de los madrileños hacia una clienta tan adinerada aparentemente, le preguntaron de dónde era, qué hacía en Madrid. Ella afirmó ser de Amberes y luego eludió dar más explicaciones.

Las preguntas la incomodaban y, dentro de las precauciones que tomaban para no ser reconocidos, los dos hombres se presentaron un día en la perfumería comunicando que aquella clienta no volvería porque había vuelto a Amberes y allí, repentinamente, había fallecido.

No querían dar pistas de quiénes eran, daban muy pocas explicaciones cuando alguna conversación llevaba a ello. De algún modo, su huida había sido precipitada y no vieron importante construir una historia que les permitiera relacionarse cómodamente con el vecindario.

A finales de julio se sentían incómodos en un piso pequeño con unos vecinos que les miraban con suspicacia, de manera que decidieron trasladarse a un sitio algo más amplio e independiente. Romain, que era el encargado de

hacer las gestiones, les consiguió un piso en la calle Ferraz y allí se trasladaron todos aquel verano, sin infundir especiales sospechas al decir de nuevo que eran una familia de Amberes.

Cuando el 15 de diciembre el agente Mariño habló con la portera diciendo que buscaba a un profesor de inglés en el principal, ella le contestó:

“—¡Cá, no, señor! Aquí viven unos franceses muy raros que no se dejan ver ni de su sombra.

De las preguntas del Sr. Caro [en realidad fue su subordinado] y de las respuestas de la portera resultó que en el hotel número 35 [33] de la calle de Ferraz vivían desde hace poco tres mujeres y tres hombres [dos], que hablaban francés entre ellos y que se negaban a toda comunicación con el exterior” (El Imparcial, 20.12.1902, p. 1).

Hicieron amistad con uno de los vecinos: Francisco Múgica, su mujer y sus hijos. Este hombre había sido inspector de aduanas en La Línea (Cádiz) hasta que, al realizar una incómoda denuncia sobre el funcionamiento de aquella inspección, sus superiores optaron por trasladarle a la Dirección de Aduanas en Madrid. Desde abril habíase alojado en el 4º derecha del hotel siendo en septiembre cuando trabó amistad con los Humbert a raíz del frecuente encuentro de los hijos de ambos por la escalera.

Afligidos sinceramente por lo que estaba pasando, bajaron esa noche hasta el piso donde permanecían los arrestados mientras la policía hacía el inventario de lo que encontraban: apenas 2.750 pesetas y 1.350 francos, además de numerosas joyas francamente valiosas que guardaba Thérèse en su aparador.

Una semana después, cuando algún periódico sugiriese que Múgica les había delatado, algo vergonzoso para la época, él se presentó en la redacción del diario para aclarar las cosas:

“Porque observe usted —ha dicho el Sr. Múgica a un periodista— que si el delito de que se acusa a toda esa familia se hubiera perpetrado en España, mi calidad de funcionario público me habría impuesto la obligación de ayudar a la justicia, en el caso de que yo hubiera llegado a sospechar que mis amigos eran unos estafadores. Pero una vez que el delito se cometió en Francia, ¿qué deber me obligaba a pasar por el odioso papel de delator?

Para mí esa familia procedió con exquisita corrección, con amabilidad suma, y toda mi familia, y yo con ella, llegamos a profesarles verdadero cariño...

Hoy, que todo el mundo sabe quiénes son, todos creen fácil la sospecha. Pero ¿yo para qué quería sospechar ni qué interés podía tener en ello? (El Día, 27.12.1902, p. 2).

Aquella noche la mujer de Múgica abrazó a Thérèse, a la que tanto

apreciaba, condoliéndose de aquellas medidas extraordinarias. En ese momento, ésta le entregó un paquetito con el encargo de que lo guardara. Su vecina debió sorprenderse pero, con aquella complicidad vecinal frente a la autoridad, agarró el paquetito y se lo introdujo en el escote, lejos de la mirada de la policía. Al día siguiente, el señor Múgica se presentó ante la comisaría para entregar el paquete: contenía letras por un valor de doscientos mil francos.

Cuando los reporteros llegaron de madrugada la familia aún no había sido trasladada hasta el Gobierno civil. Como la policía seguía acordonando la zona no tuvieron más remedio que asaltar a la que primero encontraron, que fue la portera Eladia Pacheco, veinte años en tal puesto desde que allí la pusiera el conde de Torregrosa, propietario del hotel.

“—Hoy —dice— hace cinco meses justos que vinieron los señores franceses. Me parecían buenas personas. Eran muy cariñosos con mis hijos. Salían todos los días, elegantemente vestidos. Observé que al oscurecer volvían siempre y no asomaban más a la calle. Compraban muchos periódicos y parecían muy interesados en su lectura por la prisa con que mandaban a buscarlos” (El Imparcial, 20.12.1902, p. 1).

Hay que aclarar que el hecho de que saliesen todos los días no es contradictorio con lo que afirmó esta misma señora al policía Mariño de que “no se dejaban ver ni de su sombra”. Lo cierto es que “salir” en Madrid era hacerlo de noche, ir al teatro, a cenar, a pasear por los bulevares. Lo demás eran actividades cotidianas sin importancia. La Corte española era entonces una ciudad eminentemente nocturna, en la que resultaba difícil descansar.

Con grandes dificultades, algún reportero bien relacionado con las autoridades consiguió acceder al interior del piso y hablar con alguno de los detenidos. La actitud en ellos que encontró resultaría invariable a lo largo de los días en que duró su prisión en Madrid: eran inocentes y estaban deseando volver a París para demostrarlo. Sus declaraciones harían temblar a más de una autoridad, si se decidían a denunciar la falsedad de las acusaciones. El primero en hablar en estos términos fue Romain:

“—Nos llevan a Francia; no lo siento; sino nos hubieran detenido, hubiéramos ido nosotros mismos.

Allí se sabrá, cuando hablemos, que hemos sido víctimas de una infamia. Caeremos, pero no solos; nos acompañarán los usureros franceses, que son el fondo verdadero de muchos personajes.

Luego acusó de su desgracia a una persona determinada, dando su nombre seguido de calificativos duros y violentos” (El Heraldo de Madrid, 20.12.1902, p. 2).

Dos días después declararía desde la Cárcel Modelo sobre la misma

cuestión, acusando públicamente a uno de los prestamistas cuya denuncia estaba detrás de su detención.

“Nuestro negocio era lícito, honrado, pero con la intervención del judío egipcio Cattai, nos vimos imposibilitados de desenvolverlo. Cattai había prestado a Mad. Humbert doscientos mil francos, a un interés tan crecido, que mi hermana hubo de pagarle en diferentes plazos enormes cantidades que sumaban tres millones setecientos mil francos. No se contentó el judío, y aduciendo ciertos argumentos usurarios, exigióle otros ochocientos mil francos.

Demostrole Mad. Humbert que su pretensión era injusta, pero Cattai, lejos de transigir, amenazó a mi hermana con llevarla a los tribunales si en seguida no satisfacía aquella cantidad.

Mad. Humbert contestó que no la arredraban las amenazas, que se defendería, y que los tribunales habrían de ampararla contra aquella usura abusiva e intolerable.

El banquero Cattai presentó la demanda de quiebra fraudulenta por medio de su yerno el abogado Rithleinje, que es por cierto judío, de origen alemán, y ha sido pasante en el estudio de Mr. Vallé, actual ministro de Justicia de la República francesa.

Desde entonces —añadió D'Aurignac— comenzaron las intrigas, las campañas de infamia, sostenidas en la prensa, en el Parlamento.

El dinero judío abría todas las puertas, comprando conciencias y aumentando la ruina de una familia noble, y honrada. La infame conducta de Cattai y la vil intención de su yerno Rithleinje produjeron su efecto. Nuestra deshonra era evidente para muchos, pero pronto demostraremos lo contrario.

Ahora estamos en espera de grandes acontecimientos en Francia. Muy pronto se van a deshacer reputaciones y prestigios que parecían creaciones inmaculadas; con pruebas irrecusables hemos de demostrar que el ministro de Justicia, M. Vallé, el director de Le Matin, el del Petit Parisiën y otros periodistas y personajes políticos, han sido vendidos al oro judío” (El Imparcial, 22.12.1902, p. 1).

Sacar a relucir el espantajo judío pagado con fondos alemanes era traer a colación dos de los asuntos polémicos en la Francia de finales de siglo. Por una parte, el asunto Dreyfus, judío, había envenenado el país durante varios años, mientras que aún dolía la derrota frente a las fuerzas prusianas hacía unas décadas. Al tiempo, el hermano de la señora Humbert vertía amenazas nada veladas sobre algunos personajes importantes que acudían a sus fiestas, que se beneficiaron de las relaciones de los Humbert, que medraron bajo el amparo de Gustav Humbert y ahora presumían de impolutos y condenaban sin paliativos la estafa cometida. Con esta amenaza de “tirar de la manta” advertía también, de cara a un previsible juicio, que debían ser bien tratados o algunos de los que enjuiciaban y les calificaban de mentirosos, podían caer con ellos.

Tres días después, el mismo Cattai, en lo que habría de ser el prelude de un juicio posterior, explicaba ante los reporteros que sus intereses no eran usurarios sino que se reducían al 5 % anual que marcaba la ley. Con todo, los Humbert le debían un millón de francos. En una intervención algo disonante abogaba por la inocencia de Eva Humbert, la hija del matrimonio que en esos momentos causaba lástima a todos. Llorosa, abatida, medio enferma, aquella muchacha de veintitrés años, pálida y ojerosa al decir de los periodistas, apenas había nacido cuando sus padres iniciaron su sarta de mentiras en torno a la herencia Crawford. El mismo Cattai afirmaba en su defensa que, cuando visitaba a la señora Humbert para negociar el pago de la deuda, ella le hacía pasar a un saloncito y le encomiaba que hablara bajo “para que la niña no se entere”. De donde deducía que Eva Humbert no sabía nada de todo aquello. Viviendo en el lujo desde que nació, ahora tenía que asistir a la ruina de la familia.

El académico Cotarelo

Mientras la familia Humbert esperaba en ambas cárceles a que tuvieran lugar los trámites para la extradición, los periódicos nacionales intentaban indagar sobre las circunstancias concretas de su detención preguntando a la portera Eladia Pacheco, a la muchacha que limpiaba la casa María Lado o intentando que Francisco Múgica hiciera declaraciones sobre su amistad con los detenidos.

Fue el Heraldo de Madrid quien se apuntó un tanto periodístico que habría de hacer nacer una rocambolesca y curiosa historia. Los demás diarios discutían del porqué de la detención. El cónsul general de Francia en Madrid, señor Patenotre, había visitado hacía cuatro días al gobernador civil señor Sánchez Guerra, comunicándole que, según informaciones de la policía francesa, los Humbert se encontraban en Madrid e instándole a que los buscara a la mayor brevedad posible.

A todos sorprendía la rapidez y eficacia de una policía española que se caracterizaba en general por lo contrario. El inspector al cargo, señor Caro, debía ser una excepción muy notable en un cuerpo poco profesional, casi siempre denostado, incapaz de controlar la pequeña delincuencia de la capital ni resolver algunos crímenes bastante sonoros.

El Heraldo dio con una respuesta que cambiaba, además, la perspectiva de quién habría de recibir los 25.000 francos de la recompensa por haberles capturado. Uno de sus reporteros se personó en el consulado francés y, al no encontrar al titular, se entrevistó con el señor Lefaire, secretario de embajada. Éste le comunicó que hacía esos cuatro días se había recibido un anónimo que llegó a enseñar al periodista. Hubo de copiarlo porque no le estaba permitido

llevárselo:

“Señor embajador: La estafadora madama Humbert habita en la calle Ferraz, número 33”

Fue una información que se antojaba fidedigna por lo concreta la que movilizó al cónsul para visitar al encargado de allanar el camino para que la policía interviniese, como así hicieron. De todos modos, se ejerció una vigilancia estricta del domicilio tras enterarse por la portera de que la familia francesa habitaba el principal derecho. Se siguió a los miembros de la misma en sus salidas, cotejando disimuladamente sus rostros con los retratos que circulaban por todo Madrid, incluso sentándose enfrente, dentro del tranvía que los llevaba al centro. Cuando no quedaron dudas se decidió intervenir aquella noche.

El Heraldo amplió la noticia el 21 de diciembre, cuando afirmó que alguien había acudido esa misma mañana al consulado reclamando la autoría del anónimo y pidiendo la recompensa oportuna. En todo caso, encareció al representante consular que se guardase el anonimato de forma que, si la recompensa finalmente no llegaba a sus manos, se olvidasen de él y de su nombre para siempre.

El secretario le hizo escribir de nuevo el contenido del anónimo y, al comparar ambos escritos, no le cupo la menor duda de que estaba ante el autor del mismo. Eso es lo que afirmó al mismo periodista que le había visitado el día anterior. Mientras tanto, los demás periódicos no se tomaban muy en serio esta información, lo que resulta sorprendente puesto que bastaba interrogar a la fuente principal.

En cambio, los diarios se llenaban de ditirambos dirigidos a la policía española, que había alcanzado un éxito sin igual ante sus colegas franceses. Las páginas hablaban de la expectación que el suceso había creado en París, la admiración que allí sentían por la espléndida actuación de la policía española que, a fin de cuentas, era la auténtica merecedora de la recompensa. Cualquier otra información que desmintiese esa versión era vista con menosprecio y ni siquiera llegaba a mencionarse.

Las discusiones, como decimos, eran otras. Se basaban en la “simpatía” que habían despertado los estafadores entre la población española. En aquel tiempo no era extraño que los aspectos morales pasaran a un primer plano del periodismo español.

“No discuto el éxito. Quizás alguno le asombraría que una familia cuyas señas se habían enviado por la Prefectura de París a Madrid y que vivían juntos en un hotel, no hayan sido notados por nuestros agentes de Vigilancia en seis meses que vivieron entre nosotros; yo no me asombro de esto ni de nada.

Lo único que sé es que hay gente que ha cometido tantas estafas como los Humbert y que nadie los persigue; es que hay personas que

han hecho no sólo estafas, sino grandes infamias, y que viven tranquilamente, respetados por todo el mundo.

Será quizás romanticismo pueril, será lo resultante del Mentido anárquico del español, que mira con simpatía al bandolero; pero yo que no diaría la mano a muchos señores respetados que viven en Madrid, se la daría a los Humbert” (El Globo, 21.12.1902, p. 1).

Al día siguiente, el Heraldo reconocía la existencia de usureros y demás eslabones de una cadena del mal, pero recordaba que nadie había obligado a los Humbert a inventarse la herencia Crawford ni poner en marcha esa cadena de estafadores y aprovechados.

“Está bien; es muy humano, muy natural, y hasta muy hidalgo y hermoso, el sentimiento de conmiseración a los que purgan actualmente los delitos que cometieron, impulsados por un delirio de grandezas de los que forman época y por una fantasía criminal de las que entran pocas en libra en los históricos anales de los más famosos delincuentes. Pero la piedad y la misericordia no deben nunca confundirse con la justicia ni degenerar en una malsana inclinación a sublimar tipos y a idealizar figuras, que a poco más serán canonizados. Si eso merecieran, y si a eso se inclinara la opinión española, haciendo de coro de nacionalistas, plebiscitarios, realistas, clericales y demás turbamulta reaccionaria de Francia, significaría en las gentes un estado de depresión moral de índole verdaderamente triste y lamentable” (El Heraldo de Madrid, 22.12.1902, p. 1).

Los aspectos morales precisamente serían protagonistas cuando se retomara la historia del anónimo. No parecía importar a nadie, como hemos dicho, pero estaba la cuestión de la recompensa y, cuando se admitió finalmente la existencia de aquella nota, se discutió su importancia para la detención. Algún periódico incluso quiso posponer la presentación del anónimo a la vigilancia ejercida por la policía madrileña sobre el hotel de la calle Ferraz. Sin embargo, los hechos eran tozudos y daba la impresión de que esa vigilancia no había durado semanas como se pretendía sino los cuatro días desde que el gobernador civil encareció a la policía que actuase. Aún así, el mismo cónsul Patenotre afirmaba enérgicamente que si alguien merecía un premio era el inspector Caro y los miembros de la policía que trabajaron a sus órdenes. Se discutió incluso si esta recompensa se había prometido para “aquellos que interviniesen en la detención” pero no era así el texto original sino que se ofrecía “para aquel que permita la detención”. De manera que no había forma de soslayar el hecho más claro cada día: sin el anónimo no se hubiera efectuado detención alguna.

Hasta diez días después, el 3 de enero de 1903, no llegó la bomba a los periódicos españoles: el autor del anónimo había sido identificado por el reportero Mouthon de Le Matin, el mismo que con sus artículos sobre la

familia Humbert había creado la bola de nieve que terminó por sepultarles. Además, no era un vecino cualquiera, un transeúnte, un pequeño comerciante, un limpiabotas. No, el autor de ese escrito era Emilio Cotarelo, un reputado estudioso de la literatura, miembro de la Real Academia de la Lengua, un hombre que había publicado libros, compendios, que se pasaba la vida entre archivos polvorientos, legajos antiguos, tratando de desentrañar los misterios de la literatura española. Que había llevado hasta ese momento “una vida discreta, sobria y laboriosa” tal como la describía El Globo con sorpresa.

“Pues bien; en estas condiciones, ¿era posible que el Sr. Cotarelo contemplase impasible, un día y otro, desde sus ventanas, a los autores de un monstruoso delito? Evidentemente, no. Sumido, en sus investigaciones bibliográficas, absorto en la averiguación de una fecha importante o en el descubrimiento de un folleto de trascendencia, la vista inopinada de Teresa Humbert o de Román D’Aurignac venía a conturbar sus estudios y a poner en su espíritu complicadas y dolorosas perplejidades [sic]. «¿Debo yo delatar a esta familia—se preguntaría el distinguido académico? Ellos han cometido un delito; yo soy un ciudadano honrado. Mi deber consiste en ayudar a la justicia. Sin embargo, ¿es éste un acto de moralidad superior y de justicia?»».

El Sr. Cotarelo debió de contestar afirmativamente a esta pregunta, y redactó su denuncia. Ahora el público vuelve a hacer la pregunta que antes se hizo el Sr. Cotarelo. ¿Es un acto de moralidad superior? ¿Es un acto de justicia? Y generalmente se contesta que no. En otro hombre de posición inferior a la del Sr. Cotarelo, hubiese parecido disculpable; en el distinguido erudito se encuentra odioso” (El Globo, 4.1.1903, p. 1).

El delator, el vergonzoso traidor a la hospitalidad española, que pugnaba por hacerse con la recompensa (las treinta monedas de plata, podrían haber dicho) no era un cualquiera sino un hombre eminente al que se le suponía una moral superior a la del resto de madrileños de la clase baja.

Antes de seguir con la fuerte polémica que se originó después de la partida de la familia Humbert para París el 28 de diciembre, bueno será explicar cómo un avezado periodista dio con la identidad del autor del anónimo. María Lado era la muchacha que limpiaba la casa de la familia. Hablando con Eladia Pacheco, la portera y que también cocinaba para ellos, se dieron cuenta que la inesperada detención les había privado de su remuneración mensual, que alcanzaba 50 pesetas. De modo que, puestas de acuerdo, fueron al consulado francés del que se decía que iba a repartir dinero, por si les caía en suerte aquello que les debían. La gestión fue inútil pero lo que más les sorprendió al salir de allí fue encontrarse de frente con el vecino del inmueble, el señor Cotarelo, que pareció contrariado al encontrarlas y apenas las saludó.

El reportero Mouthon del diario Le Matin andaba por Madrid en ese momento, hambriento de alguna noticia. Los Humbert se habían negado a recibir a ningún periodista francés durante su encierro en las cárceles madrileñas, así que poco había podido aportar a su periódico. Por eso abordó en la calle Ferraz a María Lado, que le contó el curioso e inexplicable encuentro.

Como un auténtico sabueso en pos de su presa, el reportero se trasladó al consulado y se puso a hablar con el secretario, con el que ya tenía amplia confianza. Éste se negó nuevamente a decir quién era el autor del anónimo pero afirmó casualmente que había estado allí esa misma mañana y que sin duda cobraría la recompensa. Mouthon sumó dos y dos: si había estado allí y la criada había encontrado al señor Cotarelo ¡bingo!

Tomó sus precauciones y volvió a la calle Ferraz para entrevistarse con el aludido. Éste negó su participación en el asunto y afirmó no ser el autor del anónimo. “¿Me da usted su palabra?” preguntó Mouthon. “Las que quiera”, respondió el otro. “¿Pero su palabra de honor?”. Ahí vaciló claramente Cotarelo y salió con una evasiva, pretextando tener mucho trabajo.

El sabueso mordía con ganas. Llamó por teléfono al consulado y le dijo al secretario que se iba a hacer público quién era el autor del anónimo, ya que estaba confirmado que era Emilio Cotarelo. “¿Quién se lo ha dicho a usted?” preguntó indignado el secretario. No era una negativa, luego era la confirmación de lo que a esas alturas tenía claro el reportero.

Alertado por el secretario del consulado, Cotarelo empezó a consultar febrilmente los diarios franceses hasta encontrar la noticia el día 2 de enero. Para entonces ya había leído comentarios poco agradables hacia el delator, el traidor, pero ahora se sentía personalmente aludido, de manera que escribió una carta que se publicó el mismo día en que se reveló la noticia en todos los diarios madrileños, alguno de los cuales la incluyó:

“¡Parece mentira, Sr. Director, que tenga uno que explicar y sincerarse uno del cumplimiento de uno de los más sencillos y primitivos deberes sociales! No sólo por el deber moral y legal que todo ciudadano honrado tiene de denunciar al criminal al conocer su paradero, y el horror que produce el ver un día y otro, en su misma casa, ante sus ventanas, el delito impune y triunfante, sino la pena que me causaba el observar que, abusando de la noble confianza de una honrada familia, los Daurignac trataban tal vez de envolverla en sus artimañas, resolví acercarme al embajador francés y darle cuenta de lo que pasaba.

No pude verle, y como estaba de marcha e ignoraba si seguiría ya al frente de los negocios, y como sólo a él quería declararme, envié a la Embajada el aviso sin firma.

Al día siguiente de la prisión me enteré por los periódicos de que la denuncia tenía premio, y pareciéndome que quedaría desierto si yo no lo reclamaba, y acordándome de que unos cuantos miles de duros

no les vendrían mal en este invierno a los pobres de mi barrio, me presenté en la referida Embajada para hacer la declaración correspondiente; pero exigiendo que si el premio no era para mí se reservase mi nombre, porque después de haber hecho la reclamación, si resultaba inútil, no quería aparecer para nada en esta asunto” (El Liberal, 3.1.1903, p. 1).

La carta traslucía una hipocresía moral que fue inmediatamente observada. Si tan preocupado estaba por la suerte de la familia Múgica, a la que consideraba engañada por los Humbert, ¿por qué no les advirtió directamente a ellos? Por otra parte, si se consideraba con el deber moral de denunciar el hecho como honrado ciudadano ¿por qué enviar un anónimo sin dar la cara antes que dirigirse a la policía?

La maniobra para que no le considerasen un traidor y avaro que va a recoger sus monedas de plata era bastante burda. En la conclusión de la carta promete repartir su dinero generosamente a personas que no saben nada de su espléndido gesto. “Una fuerte gratificación a la policía, que bien lo merece después de la captura de los famosos estafadores” afirma inicialmente. Pero se dio el caso de que el inspector Caro y sus oficiales se negaron a compartir tal recompensa. Aún más, el gobierno francés añadió 15.000 francos para la policía española pero los 16 guardias civiles que custodiaron a los detenidos hasta la frontera y que, en el reparto interno, debían recibir tres mil pesetas de esa cantidad, se negaron también a recibirlas porque “nos hemos limitado a cumplir con nuestra obligación” y además la Cartilla del Cuerpo les prohibía recibir dádiva alguna por su labor.

De manera que el señor Cotarelo quedó en evidencia y su afirmación de que lo repartiría entre los pobres de su barrio fue objeto de menosprecio general que, en el caso de un diario republicano, llegó hasta la descalificación:

“El delator es un español, y su acción arroja una fea mancha sobre la nación entera, tradicionalmente ufana de su hidalguía y caballeridad...

Ese pobre hombre trata de cohonstar su fea acción y lo hace de modo harto menguado. Se vanagloria de haber cumplido un deber moral y legal, aspira a la cruz de beneficencia por sus caritativos sentimientos y hasta a una estatua en el barrio Argüelles, por cuyos pobres pone en pleito su honor, acción verdaderamente sublime.

Por nosotros que le cuelguen la cruz y, respecto a la estatua, que se la levanten; lo único que no haríamos si tuviéramos la desgracia de ser presentados al Sr. Cotarelo, es tenderle la mano que escribe estas líneas. Su acción es, moralmente, de esas que no se discuten, repugnan únicamente...

Confunde el Sr. Cotarelo en su carta el encubrimiento con la delación, como confunde la estafa con el robo. Estafa ha sido el delito de los Humbert, quienes han estafado a estafadores, salvo

alguna rara excepción. Además las leyes españolas no pueden obligarnos, aun en el caso de que fueren tal cual las interpreta el Sr. Cotarelo, a convertirnos en auxiliares de la policía francesa. Pero ¡ah! es que el Sr. Cotarelo es un varón tan justo que no puede vivir bajo un mismo tejado con estafadores... vaya buscando casa en otro planeta el erudito denunciador, porque a él y a nosotros y a todos nos estafa el tendero, que nos vende los comestibles y el lechero que nos da aguada la leche; y la empresa arrendataria de cerillas que nos quita algunos fósforos en cada caja, y todos ¡oh, académico denunciador! tenemos en la vecindad algún honorable vecino que se enriqueció estafando fondos públicos, ya en las que fueron colonias, ya en la que es metrópoli de Cotarelos” (El País, 3.1.1903, p. 1).

Al día siguiente continuó abiertamente la polémica, con algunos diarios pronunciándose en contra, como tibiamente el Globo y de manera más mordaz el País, y otros a favor.

“Porque, vamos a ver: ¿qué es lo que hizo el Sr. Cotarelo?

Analicémoslo fríamente.

Una familia estafa cien millones, en su mayoría a prestamistas y usureros, huye del país donde cometió el delito y los tribunales franceses reclaman a los estafadores.

Existiendo una moral social, de todos los países, de todo el mundo, de todas las conciencias honradas, puesto que la extradición de los delincuentes se concede en todas las naciones, y, siendo peligroso para la sociedad en general que los criminales anden sueltos, no por ellos mismos, sino como dice Ferri, por el nuevo daño que puedan causar, por los nuevos delitos que puedan cometer, un ciudadano honrado, culto, avisa a la justicia, descubre a los que por ella son reclamados, y a la vez que cumple con un deber, evita la comisión de mayores males, y que la perversidad y la inmoralidad se extienda, produzca mayor número de víctimas y se propague el mal ejemplo” (El Día, 5.1.1903, p. 1).

Mientras tanto el objeto de la polémica, acorralado por la misma y tratando de defender su honor, inició dos acciones que aumentaron la confusión. Por una parte, tras la divulgación de la noticia por el Liberal, no se le ocurrió otra cosa que retar a duelo a Gómez Carrillo, el periodista del diario en París, que había recogido la noticia de Le Matin para comunicarla en España. El retado no se echó atrás pero hizo bien difícil el duelo al exigir que se celebrase en la capital francesa y con las reglas de dicho país. Aquello se quedó en nada.

Algunos sectores de la política española quisieron hacer causa común con él. Lo que sucede es que resultaron ser los más conservadores del arco parlamentario, con el exministro Alejandro Pidal y Mon a la cabeza. Eso hizo

arder en cólera al diario republicano:

“Y fijémonos ahora en la extraña ética que usa para andar por casa el Sr. Cotarelo. No admite la vecindad de una familia de estafadores; pero come a manteles con un cacique que estafa la libertad, la dignidad, el derecho al sufragio, la justicia, a los míseros asturianos. Le repugnaba encontrarse al rastacuero Ramón Daurignac, pero tolera la jefatura del gran fariseo Alejandro Pidal, todo austeridad teórica, todo concupiscencia práctica” (El País, 4.1.1903, p. 1).

Cinco meses después la Correspondencia de España vuelve a hablar del académico. Ya no es noticia de actualidad y por eso aparece en una nota simplemente. Por un lado se afirma que acaba de dar lectura en la Academia de la Lengua a la necrológica sobre Ramón Mesonero Romanos, lo que indica que siguió siendo bien considerado por sus colegas que le brindaron el honor de tal discurso.

Pero en otra nota en la misma página se informa de un curioso hecho que cambia la percepción de lo sucedido con el anónimo de medio año atrás. El mismo periodista Mouthon, el sabueso que no abandonaba la presa ni aunque pasasen los meses, revelaba en Le Matin el verdadero motivo de Cotarelo para hacer la denuncia.

Resulta que su hijo se había enamorado perdidamente de Eva Humbert después de haberla encontrado en la escalera varias veces y es de suponer que ir a dar algún paseo juntos. El caso es que ella le correspondía y el muchacho pidió a su padre su consentimiento para casarse.

Éste intentó disuadirle explicando que aquella era una familia de delincuentes. El chico se empeñó respondiéndole que de sus padres no respondía pero que Eva era inocente (en lo que coincidirían todos los medios periodísticos y judiciales) y que se casaría con ella con consentimiento o sin él. Desesperado en su afán de evitar esa boda Cotarelo tomó la decisión de enviar una denuncia anónima que tuvo el efecto deseado. Su error posterior fue querer cobrar la recompensa, algo que finalmente debió hacer aunque ningún periódico lo reflejó. Las abundantes lágrimas de Eva Humbert tras su detención quizá tuvieran otra causa, además de la misma.

Actualmente el nombre del académico aparece referenciado en las historias de la literatura contemporánea pero nadie menciona aquel suceso que resultó infamante y del que pudo finalmente recuperarse:



Eva Humbert

“Emilio Cotarelo y Mori (Vegadeo, 1 de mayo de 1857 – Madrid, 27 de enero de 1936).

En 1897 fue elegido miembro de la Real Academia Española, en la que llegó a ocupar (1913) el cargo de secretario perpetuo. Aparte de otros importantes trabajos biobibliográficos sobre historia de la poesía y prosa española según la metodología del Positivismo, se convirtió en un gran experto en teatro español desde los Siglos de Oro al XIX y editó muchas de sus obras con portentosa erudición; no descuidó tampoco la documentación y la biografía de los actores y actrices españoles de todos los tiempos e igualmente editó, estudió y anotó una famosa colección de novelas cortesanias en doce volúmenes, la Colección selecta de antiguas novelas españolas y estudió la historia de la caligrafía y del teatro musical español (zarzuela, ópera, tonadillas, bailes). Fue premiado con medalla de oro en la Exposición Internacional celebrada en Barcelona en 1929 por sus trabajos históricos sobre el teatro español del siglo XVII. En 1919 fue designado Senador por la Real Academia Española, cargo que ocupó durante tres legislaturas, hasta 1923” (Wikipedia).

El usurero Cattai

La llegada de los Humbert a París en la madrugada del 30 de diciembre, tras dos jornadas de viaje, se había acogido de distinta manera en la opinión pública. El pueblo llano veía con simpatía a la embaucadora y ese sentimiento no haría sino crecer con el tiempo, al verla firme, arrogante y enfrentándose a jueces y fiscales con gran seguridad. A fin de cuentas, debían de pensar, ha estafado a usureros, banqueros, políticos y magistrados, justo las personas que detentaban el poder en Francia y todo eso saliendo de un humilde pueblo del Mediodía francés.

Entre los políticos la situación era muy tensa. El presidente del Consejo, señor Combes, prefería permanecer lejos de los focos en asunto tan espinoso y que afectaba a personas tan principales, algunos de ellos en buenas relaciones con el gobierno, otros no tanto. El que salió a la palestra con cierta exageración fue el ministro Vallé. Celebró con gran entusiasmo la captura de los Humbert cuando tantos acusaban al gobierno del que formaba parte de querer mirar hacia otro lado, de estar más informado del paradero de los estafadores de lo que decían estar.

Cuando el ministro Vallé era simplemente un abogado parisino había representado al banquero Cattai contra los Humbert, de manera que su situación era algo anómala: por una parte les había atacado judicialmente pero, como ministro, se veía obligado a ocultar determinadas relaciones de los Humbert con los partidarios del gobierno más encumbrados. Su “alegría” por la captura se veía como una sobreactuación con la que pretendía acallar las críticas.

Se decía que Waldeck Rousseau, cuando era abogado en 1897 y tuvo relación con el caso manifestó en privado que aquello parecía “la estafa del siglo”. Luego, al llegar a presidir el gobierno hubo hasta tres interpelaciones parlamentarias sobre los manejos de los Humbert pero se mostró contrario a abrir una investigación. ¿Por qué sería sino porque afectaba a personajes políticos afines? Ni mandó que vigilaran a los Humbert ni se les negó en su tiempo la apertura de un pasaporte que les permitió posteriormente la huida a España.

Hay que tener en cuenta que Waldeck Rousseau estaba jugando en ese momento la baza de ser presidente de la República en breve plazo. Para ello se había retirado de la presidencia del Consejo en 1902, justo antes de la detención de los Humbert, previendo entre otras cosas cierta escora a la izquierda en las siguientes elecciones que le impediría repetir como primer

ministro dejándole como un perdedor en su carrera hacia el Elíseo. Carrera, todo hay que decirlo, a la que se oponían diputados nacionalistas de la derecha francesa que veían en el caso de los estafadores una debilidad por donde atacar al gobierno y a Waldeck Rousseau en sus aspiraciones.

En este clima se abrió en febrero de 1903 un juicio inicial contra los Humbert en tono menor, podríamos decir, y a la espera del gran juicio sobre su estafa que habría de verse varios meses después. Se trataba de una demanda que había interpuesto el banquero y prestamista Cattai atribuyendo a los Humbert una denuncia calumniosa contra él y su honor.

La historia entre ambas partes era larga y parte de ella, quizá la más interesante para conocer el mundo de los “negocios” de madame Humbert, se haría pública durante el juicio. Lo que se conocía es que Cattai había realizado grandes préstamos a Thérèse Humbert y le reclamaba un millón de francos. Al parecer, el banquero, que era judío como no se cansó de recordar Romain D’Aurignac desde Madrid, le había hecho requerimientos cada vez más insistentes a la señora para obtener la devolución de lo prestado con sus intereses.

Thérèse, ante tal insistencia para la que no parecían valer sus artimañas de estafadora, le llevó a los tribunales acusándole de practicar la usura con intereses que llegaban a alcanzar el 300 y hasta el 400 % de lo prestado. Lo legal era pedir un rédito del 5 % del capital, por lo que la acusación consistía en practicar una usura abusiva.

El abogado elegido por Cattai para enfrentarse a esta demanda fue precisamente el señor Vallé, que luego llegaría a ser ministro. Su actuación fue tal, la ausencia de pruebas con que contaba la señora Humbert tan evidente ya que lo hacía descansar sobre su palabra contra la del banquero, que el pleito resultó a favor del prestamista. Fue entonces cuando Cattai se creció, por decirlo así, y viéndose apoyado por la judicatura se atrevió a pedir ante los tribunales el inventario de los bienes de los Humbert, incluidos los millones del cofre fuerte con los que pagar la deuda que habían contraído con él.

Hasta ahí era lo conocido, una situación que había llevado a la intervención judicial y la huida de los Humbert. No en vano consideraban a Cattai el promotor de sus desgracias con el apoyo de su abogado Vallé.

La primera en declarar fue precisamente Thérèse:

“—Por grande que sea mi desgracia —dice— es reparable. Cuando se ha cometido un crimen es preciso saber hacer penitencia. La haremos. Pero nadie me impedirá decir que Cattai es un usurero, lo ha sido y lo será (Risas del público).

Añade Teresa Humbert que Cattai le prestó dinero en varias ocasiones con un interés de sesenta por ciento, y que algunas veces llegó este interés al trescientos y al cuatrocientos por ciento.

—Cattai —añade Teresa— me envió un emisario para que yo retirase la demanda que contra él quería presentar. Tenía un miedo horrible de esta acusación. Yo hablaré, yo hablaré de todo cuando

llegue el momento, cuando se vea el proceso. Para entonces me reservo. Por ahora me contentaré con decir que Cattai debe estar en prisión con mucho más motivo que yo. (Sensación)” (El Imparcial, 12.2.1903, p. 2).



Thérèse Humbert en el juicio

Éste fue el primer detalle que revelaba una situación poco favorable al demandante. En efecto, que hubiese enviado a un emisario para tratar de negociar la retirada de la demanda de Thérèse mostraba que el prestamista tenía miedo de las consecuencias y, por tanto, estuvo ocultando unos intereses usurarios.

A continuación subió al estrado Cattai. La impresión, a decir del reportero que le describió, no pudo ser más penosa. Parecía, dice, un judío de melodrama: viejo, pequeño, con larga melena blanca, traje usado, aspecto tímido. Frente a ella, Thérèse, que se erguía orgullosa y desafiante, que miraba al juez cara a cara retándole en silencio a oponerse a que ella llevara las riendas del juicio.

Cattai se vio obligado a afirmar que un dependiente suyo había ido a visitar a la demandada hasta tres veces a fin de negociar con ella la retirada de la demanda. Afirmó, entre las risas de los asistentes, que él no había tenido nada que ver, que todo había sido por iniciativa de ese dependiente. Se bajó del estrado sintiéndose ridículo, ante la hilaridad del público mayoritariamente femenino que no paraba de burlarse. Entre él, habría que aclarar, se contaban hasta cinco mujeres de ministros, lo que indicaba el interés con que el gobierno y sus cónyuges seguían este proceso.

Salieron luego a declarar Frédéric y Romain que despotricaron a gusto contra Cattai y las autoridades venales que favorecieron el descrédito de la casa Humbert de manera tan injusta. Ambos fueron interrumpidos por una

imperiosa Thérèse, que parecía gobernar el juicio a su antojo ante la pasividad del juez. Eso, les vino a decir, será de lo que hablemos en el juicio que está por venir, entonces traeremos a personajes importantes de la política y los negocios en París, ahora no toca hablar de ello. Lo curioso es que ambos hombres, en cuanto fueron interrumpidos por su mujer y hermana, callaron y no siguieron con sus protestas.

Fue llamado el dependiente que había intentado la negociación. Afirmó inicialmente, entre balbuceos, que había actuado por su cuenta. Luego se le trabó la lengua y, ante las preguntas siguientes, empezó a murmurar y contradecirse hasta el extremo, ya corrido de vergüenza por mentir de forma tan descarada, en que se negó a testificar más y pidió bajar del estrado.

Para poner el clavo en el ataúd de la demanda de Cattai vino el perito que había analizado por orden del tribunal los libros de contabilidad del prestamista. Informó de que parte de ellos parecían haber “desaparecido” pero que de los que había podido examinar se deducía que Cattai imponía a sus deudores un interés medio del 63 %, muy por encima de lo que la ley le permitía.

La impresión entre el público tras la primera y decisiva sesión del juicio es que el judío era “un miserable usurero”. Pero aún faltaba la guinda en la siguiente sesión porque fue llamado a declarar uno de los personajes importantes que mencionaba repetidamente la familia Humbert.

Se trataba del exsenador Cremieux, figura respetada de la política y frecuente en las reuniones sociales de la avenida Grand Armée. Thérèse manifestó entonces que, por su aparente amistad con ambas partes, había ejercido de intermediario entre ella y Cattai para la obtención de los préstamos que necesitaba. Sin embargo, pronto pudo darse cuenta que no sólo era intermediario sino que además aconsejaba al prestamista sobre cómo “desplumar” adecuadamente a los Humbert. Y entonces recordó un aspecto que habría de tener consecuencias parlamentarias al día siguiente: Cremieux había mediado ante el gobierno de Waldeck Rousseau para que el judío obtuviera la Legión de honor francesa.

El exsenador se adelantó luego al estrado. Debía sentirse evidentemente molesto. No admitió haber ejercido de intermediario en nada pero sí se vio obligado a reconocer la relación personal que mantenía con Cattai y que le había llevado a dar algún consejo legal (como abogado, precisó) sobre la demanda que había presentado Thérèse en contra suya. Cuando se retiraba del estrado esta última dio un paso adelante hasta quedar a pocos centímetros de un sorprendido declarante, diciéndole con claridad: “¡Señor Cremieux, nos volveremos a ver!”.

La escena pareció ridícula al periodista que la describía pero estaba de acuerdo con la postura desafiante de la señora Humbert durante todo el proceso, sobre todo cuando vio que llevaba las de ganar. El público, que asistía expectante, agradecía esos golpes de efecto porque les daba lo que habían venido a buscar. De ahí que la opinión pública se decantara progresivamente

por aquella mujer atrevida y fantasiosa que había engañado a personajes notables de la vida pública pero de los que el público desconfiaba por pensar que defendían intereses muy distintos a los suyos. A fin de cuentas, debían pensar, el que roba a un ladrón tiene cien años de perdón.

Como decíamos, el breve comentario de Thérèse tuvo consecuencias parlamentarias. Al día siguiente se reunía la Asamblea y en ella tomó la palabra el diputado reaccionario Binder. Aprovechó un turno de preguntas para interrogar al gobierno del señor Combes sobre el papel jugado por ministros y otros políticos en el asunto Humbert, así como la manera en que se habían distribuido cruces de la Legión de Honor entre personajes de dudosa reputación pero bien relacionados con dicho gobierno. Terminó afirmando de manera provocativa: “Ya sabemos aquí a qué atenemos respecto a la moralidad política del gabinete presidido por el camaleón M. Combes”.

El insulto provocó un tumulto que el presidente de la Asamblea quiso terminar recriminando a Binder sus palabras y pidiendo que las retirara. Él lo hizo así de forma irónica mencionando al “exquisito” presidente del Consejo. Nuevos enfrentamientos mientras el gobierno en pleno, sintiéndose insultado, abandonó momentáneamente la Asamblea. Finalmente volvería cuando el señor Binet, que seguía en sus descalificaciones, fue obligado a abandonar la sala. Pero la cuestión seguía en el aire: el asunto Humbert se volvía otra vez contra el gobierno, era munición para que la oposición de derechas, los nacionalistas y reaccionarios, disparara repetidamente contra la autoridad política del país.

El 21 de febrero, finalmente, el tribunal dictaminó que la demanda y las afirmaciones de los Humbert en torno a Cattai habían sido hechas de buena fe y, por tanto, quedaban absueltos de la acusación de realizar una demanda calumniosa. El prestamista, con su prestigio por los suelos, fue condenado a pagar las costas del juicio.

Lo sucedido en el tribunal y la resolución adoptada por el juez a su cargo tendría consecuencias. Las parlamentarias y políticas ya las hemos visto pero quedaba la demanda de los acreedores frente a la estafadora. De repente, todos ellos se mostraban remisos a intervenir judicialmente. La imagen del banquero Cattai arrastrando su prestigio por el tribunal hacía mella en la actuación de los demás prestamistas, que tampoco las tenían todas consigo a la hora de presentar sus demandas por vía judicial. Quien más, quien menos, tenía algunas cosas que ocultar al juicio público. La guinda de lo sucedido con el exsenador Cremieux ponía también en guardia a los políticos que habían frecuentado los salones de la señora Humbert, muchos de ellos cercanos al gobierno.

La instrucción continuó, sin embargo, en manos del juez Leydet que fue interrogando a los acusados. Se supo entonces que Thérèse había afirmado que algunos ministerios sabían perfectamente el paradero de los Humbert en Madrid pero que no habían querido sacar a relucir su presencia allí para ocultar previsiblemente su implicación en los hechos. Por otra parte,

anunciaba que llamaría al estrado en el futuro juicio a muchas de esas personalidades que en ese momento se andaban ocultando para que no se supiese su intervención en el asunto.

Llegó el turno de Frédéric, abogado a fin de cuentas, para seguir desmontando las acusaciones. Los peritos habían determinado que las deudas contraídas por los Humbert alcanzaban los cien millones de francos, curiosamente la misma cantidad que decían tener en el famoso cofre fuerte de su domicilio. Frédéric, sin embargo, había encargado un peritaje propio a un síndico por el que se afirmaba que las deudas eran mucho menores, del orden de los veinte millones. Además, dieciséis de ellos habían sido ya saldados en comisiones y dinero en efectivo, con lo que la deuda sería de cuatro millones en realidad.

A principios de mayo de 1903 el juez dio por concluida la instrucción del caso. Pocos días después anunció que la acusación llevaría ante el tribunal al matrimonio Humbert y a Romain y Emil D'Aurignac, quedando excluidas finalmente la hermana María, aquella virgen recalcitrante que se vio obligada a no desposar con nadie esperando a un Crawford inexistente, la hija Eva que se quedó sin prometido y algunos abogados que inicialmente estaban implicados en el caso. Así que, a partir de esa fecha, todo estaba preparado para el gran juicio que muchos empezaban a ver menos importante y acusatorio contra los Humbert de lo que se creía unos meses antes.

El juicio

El juicio anterior, en el que se dirimía si los Humbert eran culpables de una denuncia calumniosa contra Cattai resultó un éxito para los primeros. No sólo se vieron absueltos del cargo sino que la figura del que había sido su denunciante se volvió odiosa para el gran público. Esto lo percibió claramente el que, a la postre, sería su defensor en el juicio celebrado en agosto de 1903, el señor Labori, un prestigioso abogado que ya había defendido nada menos que al capitán Dreyfus del cargo de traición.

Para Thérèse aquel primer juicio fue un triunfo, ella misma había dominado el tiempo del mismo, controlado a los declarantes, a los que interrumpía constantemente ante las débiles protestas del juez. Eso la hizo crecer en su autoestima, considerarse capaz de todo, incluso de salir indemne del nuevo juicio que se planteaba por estafa y falsedad en documentos.

Un periódico comentaba, tras las declaraciones de Cattai, que la señora Humbert en realidad se había equivocado unos años antes por prepotencia, al considerar segura su situación social y financiera. Ciertamente, si todo el entramado les había salido bien durante casi veinte años ¿por qué no iba a continuar así debido a que un simple usurero les hiciera una denuncia? Cattai

le había reclamado pagos, ella le amenazó con llevarle a los tribunales por usura y el prestamista, convencido de que sería condenado en un juicio tal, inquieto por unos libros contables que marcaban intereses fuera de la ley, había mandado a un dependiente para que “negociara” con la señora, considerando nuevos plazos, una rebaja o cualquier otra componenda que pudieran hacer.

Thérèse cometió su equivocación en ese instante. Su impunidad, los muchos contactos políticos y jurídicos de que disfrutaba, le hacían creer que ninguna denuncia contra ella habría de prosperar. Pero el tiempo estaba cambiando, su suegro ya no existía para ampararlos con su prestigio, las tensiones políticas hacían que ninguna autoridad política les apoyara decididamente.

En el segundo juicio el señor Labori causó admiración con su verbo fácil y grandilocuente, su manera de acorralar a numerosos testigos y acreedores, de los que mostraba su lado más corrupto, sus imprecisiones contables. Tenía muy claro, tal como lo expresó en su alegato final, que sus clientes no eran de lo mejor que había defendido pero que sus acreedores constituían una parte especialmente odiada en París. ¿Quién de entre el Jurado no había tenido que ver con estos prestamistas que te imponían intereses exorbitantes? En ese caso, era posible utilizar ese odio, el rechazo y desprecio que provocaban figuras como Cattau, para hacer pasar a sus clientes como víctimas de estos usureros. A fin de cuentas, podía haber dicho, cuando fueron capturados en Madrid solo disponían de doscientos mil francos. ¿Dónde había ido a parar toda esa supuesta fortuna que habían acumulado sino a los bolsillos de los prestamistas que ahora pretendían denunciarles?

El mismo Frédéric Humbert, que se veía en el foro donde había llevado a cabo su vida profesional, se creció para afrontar el tema financiero y económico que había preparado especialmente bien. Romain D’Aurignac siguió pasando por el elemento que causaba risas, bromas y algún suspiro entre las señoras maduras que le contemplaban. Sus aventuras galantes salieron a relucir de manera algo extemporánea pero causando la hilaridad del público. Era el hombre no muy mayor que decía disfrutar de la vida, que sonreía mirando a un público cómplice mientras comentaba, a preguntas del juez, que él no gastaba mucho dinero en las mujeres porque éstas no cobraban nada. Hasta el propio juez tenía que sonreír ante una salida como ésa. “Pero ¿por qué no se ha casado en vez de ir de fiesta en fiesta?” le preguntó el juez, ya envuelto en su aire de chulo gracioso. “Ah, señor juez” le respondió con gesto falsamente contrito, “es que no he tenido tiempo”.

Era su papel: causar risa, jugar a que el Jurado le viera como un compañero de francachela, parecer simpático, inocente. Realmente lo consiguió en gran medida. En cambio, Emil D’Aurignac, con su gesto grave y barba venerable, no hubiera podido hacer el mismo papel. El suyo fue de hombre bienintencionado que no se enteraba de las decisiones importantes, que era utilizado por su hermana y cuñado, tratando siempre de hacer las cosas

de forma honrada, como proclamó más de una vez. Su aspecto era adecuado para ese papel, el de hombre bueno, honesto pero algo ingenuo, creyendo en la buena fe de la familia.

Todos se adaptaron bien al nuevo escenario del segundo juicio, salvo Madame Humbert. Cuando leemos los comentarios diarios de lo sucedido en aquel tribunal a lo largo de doce días, la encontramos fuera de plano, desenfocada. Debía causar sensación y cosechaba burlas, pensaba ser la que dirigiera el cotarro, como en el primer juicio, y resultó desbordada por los nuevos planteamientos, obligada por un juez más enérgico a callarse y no interrumpir las declaraciones de los testigos. Sus tensas conversaciones con el defensor Labori demostraban que éste no estaba dispuesto a que ella dirigiera su labor. Incluso llegó a recibir algunos reproches por parte de su familia, en particular su marido y Romain.

En su intervención durante el primer día de juicio, ya quiso marcar un territorio donde ella fuera la protagonista, pero no cosechó el aplauso del público precisamente:

“Súbitamente, cuando se le pregunta si su padre era asistente matrimonial, adopta la procesada aires melodramáticos, y con voz fuerte, y acento exageradamente meridional, exclama:

—¡Jamás! ¡Jamás! Mi padre nunca fue asistente matrimonial. ¡Eso es falso! ¡Falsísimo! ¡Archifalso! Como todo cuanto acaban de leer en el acta de acusación. Los Crawford existen y los Humbert somos las personas más honradas de Francia.

El público prorrumpe en grandes exclamaciones de asombro y grandes risas.

El presidente intenta contener la exagerada locuacidad de Teresa, diciendo:

—¡Esperad! Dejadme que os interroge.

Todo es inútil. Y Teresa, cada vez más excitada, exclama:

—¡Jamás, jamás! ¡Nada, nada! Madame Humbert jamás ha cometido falsedades! ¡Mad. Humbert jamás ha engañado a nadie! ¡Mad. Humbert ha sido siempre digna nuera del gran Gustavo Humbert, el hombre más honrado de Francia!

Todo esto lo dice solemnemente, con gran energía, agitando las manos enguantadas de blanco y mirando al público con ademanes trágicos exageradísimos, que promueven nuevas risas en el auditorio” (La Correspondencia de España, 9.8.1903, p. 2).

El juez Bonnet, que no estaba dispuesto a seguir en esta línea, la atajó para preguntarle por la existencia del castillo de Marcotte, el paradero de los millones y de los propios Crawford. Thérèse, que debía haber observado que el público no se dejaba seducir por sus gestos teatrales, que no tenía respuestas ante lo que preguntaba el juez, adujo de repente que se encontraba mal, muy débil, debido a las condiciones inclementes de la cárcel. Así pues, deseaba

causar sensación pero, al no conseguirlo, se transformaba en una persona digna de lástima. Una actriz consumada, sin duda.



Los acusados de izquierda a derecha:
Thérèse, Frédéric y Emil

A partir de ese momento el juez tomó las riendas de los interrogatorios adentrándose en una temática en la que la señora Humbert era una ignorante. Sacó al estrado a Frédéric Humbert que, pese a su carácter pasivo, se movía bien en esos terrenos financieros y de argumentación. Así, el juicio, donde se dirimía a fin de cuentas la falsedad en documentos y, sobre todo, la estafa, entró en unos terrenos técnicos que se prolongaron varios días.

El público, que había acudido el primer día ansioso de oír grandes novedades, noticias sensacionales, empezó a desertar. El clima, al decir de los reporteros, era sofocante y el apiñamiento del público, las vaharadas de colonia de las damas, transformaban la sala en un lugar de tortura. De manera que mientras se dirimían las finanzas de la “Renta Vitalicia”, con un juez que trataba de determinar la cuantía de las deudas para confirmar la estafa, con un Frédéric empeñado en demostrar con papeles y más papeles que aquello no era cierto, Thérèse permanecía callada, incapaz de seguir el discurso y el público iba marchándose poco a poco.

Para graduar el “suspense” y conseguir que se estuviera pendiente de ella, la señora Humbert afirmó el segundo día, tras recuperarse de su supuesto malestar, que tenía revelaciones que hacer pero que las aplazaría para cuando hubiesen terminado de declarar los testigos. Por supuesto, insistió continuamente en la existencia de los Crawford, la certeza de una herencia valorada en muchos millones. Lo hizo de tal manera que el público esperaba, como mínimo, que entraran por la puerta de la sala los mismísimos sobrinos, los herederos nunca vistos, de los que nadie sabía su paradero. Cuando Thérèse mostró sus bazas el último día lo hizo de la peor manera, con la revelación más peregrina, causando un auténtico anticlímax que resultó más perjudicial que beneficioso, como así le recriminó su hermano Romain.

De manera que el juicio se centró en probar o defenderse de la acusación de falsedad y estafa. En cuanto a la primera todo consistía en los poderes que los Crawford habían firmado en Bayona ante el notario Dupuy para conceder la representación de sus intereses al abogado Parmentier.

Vinieron tres peritos calígrafos de la acusación para certificar que, tras comprobar la letra y firmas en el acta notarial, llegaban a la conclusión de que los firmantes eran Romain y Emil D'Aurignac y no los supuestos Crawford. Naturalmente, la defensa llevó a otro perito que afirmó exactamente lo contrario: las firmas no mostraban rasgos semejantes. Sin embargo, resultó más decisivo el testimonio del propio notario que afirmó que uno de los que se dijeron Crawford era el Romain D'Aurignac que en ese momento tenía delante. Por supuesto, la defensa trató de desprestigiar ese reconocimiento, confundir al testigo, sin llegar a conseguirlo. Lo que no pudo impedir es que tres empleados de Correos confirmaran que las cartas dirigidas a los Crawford en una lista de correos, eran recogidas invariablemente por Romain.

La falsedad no era el delito más grave sino que lo constituía la estafa. Pese a las repetidas manifestaciones de Thérèse y las afirmaciones obligadas de Labori en cuanto a que los Crawford existían (aunque con otro nombre que al final revelaré, decía la acusada), todo el mundo daba por sentado que era una mujer imaginativa que había urdido toda clase de trucos para engañar a unos prestamistas usureros.

La estafa era un delito más penado por la ley pero, al tiempo, difícil de probar en este caso. Cuando el síndico de la quiebra de "Renta Vitalicia" hablaba de una deuda, Frédéric discrepaba concluyendo que casi todas esas deudas estaban pagadas. Sin que nadie haya llegado a calificarlo así todo hace indicar que los Humbert utilizaron, tanto en sus tratos con los prestamistas como en la "Renta Vitalicia" con pequeños ahorradores, el llamado esquema Ponzi.

Tal forma de estafa se hizo popular en los años veinte, es decir, dos décadas después de los Humbert, cuando el inmigrante italiano Carlo Ponzi, estableció en Nueva York una estafa piramidal caracterizada por captar dinero de inversionistas con la promesa de fuertes ganancias. A continuación, sea por nuevas cantidades aportadas por esos inversores o por la existencia de otros nuevos se conseguía pagar los elevados intereses prometidos. Esta forma de estafa se basa en dos premisas: por una parte, el capital tiende a no devolverse nunca, algo fácil puesto que mientras el prestamista reciba jugosos intereses no tendrá motivo para hacerlo; por otra parte, el esquema necesita la existencia de un número creciente de inversores para lograr el capital suficiente con el que pagar intereses a los anteriores.



Los acusados de izquierda a derecha:

Thérèse, Frédéric, Emil y Romain

Este tipo de estafa alcanzó popularidad con Ponzi pero mucho antes se cometía en todos los ámbitos financieros. En España, por ejemplo, la estafa piramidal es la que cometió Baldomera Larra, hija del conocido Fígaro, escritor y periodista, empleándola en los años setenta del siglo XIX. De manera que los Humbert debieron hacer algo similar.

En ese contexto, ni el juez Bonnet ni el Jurado podía entender bien qué es lo que había sucedido. Por una parte, muchos acreedores no se presentaron al juicio por varios motivos: unos eran ricos y no deseaban mezclarse en asunto tan turbio que iría contra su fama como prestamista y la confianza que podían generar en sus clientes (alguien que es engañado por los Humbert no podía ser de fiar en los negocios); otros tenían el temor de que, si aparecían en el juicio, se demostrara que habían exigido intereses fuera de ley terminando por ser juzgados por usura.

De manera que hubo algunos acreedores pero no todos los que podían declarar, ni mucho menos. Además, dentro del esquema Ponzi no era raro que algunos inversores pequeños acudieran a quejarse y Frédéric Humbert les demostrara que se habían pagado todos sus intereses, tal como se había convenido. Es cierto que el capital inicial no les había sido devuelto pero eso era debido a la actuación judicial, los Humbert a fin de cuentas habían cumplido con sus compromisos con ellos. Algunos de los declarantes vacilaban visiblemente, admitían haber recibido los intereses, Frédéric les miraba con gesto triunfante, el señor Labori cabeceaba mirándoles con reproche.

Una de las declaraciones más fuertes de los primeros días fue la del abogado Camps. Afirmó que representaba al señor Aymée, en ese momento un venerable juez de paz pero que en otro tiempo había sido procurador de los Humbert. Les había hecho un préstamo de 700.000 francos en base a unos títulos de deuda hipotecaria del castillo de Celeyran pero Camps demostró que eran falsos y así se lo comunicó por telegrama al señor Aymée.

La acusación era firme. Utilizar documentos falsos para obtener un préstamo hipotecario podía mezclar el delito de falsedad y el de estafa. Labori, bastante inquieto, pidió un careo entre Aymée y su abogado Camp, confiando en encontrar un resquicio por donde hacer tambalear el testimonio del segundo. Así que al día siguiente llegó Aymée. Pese a su cargo pareció impresionado y vacilante por estar ahí. Labori le acorraló hasta que tuvo que reconocer que siempre había creído que los títulos eran verdaderos, por eso había realizado el préstamo. El defensor, que veía tan buena actitud para sus intereses, le preguntó si había recibido un telegrama de Camp diciéndole que los títulos eran falsos. Aymée dijo que no lo recordaba. El público se alteraba.

Labori, sonriendo ya, mandó llamar de nuevo a Camp, que había escuchado consternado la declaración de su representado. Tras varias preguntas cada vez más incisivas, se vio obligado a reconocer que no había enviado tal telegrama, aunque tenía la seguridad de que aquellos títulos eran

falsos. A esas alturas, habiendo mentido para certificar la estafa, su testimonio no valía nada para la acusación.

Otro caso fue el del notario Amigue, que les había prestado medio millón de francos al tiempo que trabajaba para ellos. Afirmó enérgicamente haber sido engañado por los Humbert sacando a relucir de nuevo letras falseadas para garantizar sus préstamos. La situación descrita fue vodevilesca porque el sesudo notario afirmó que, en cierta ocasión, Thérèse se había abierto el vestido para enseñarle las letras escondidas en su seno. El público, deseoso de algo picante tras la intervención de Romain, agradecía el espectáculo.

“Teresa.- Mr. Amigue fue buenísimo para nosotros; pero como hubiera llegado a alimentar cierta ilusión, a la cual tuvo que renunciar, desde entonces nos profesó odio implacable...

Recordó Labori que el testigo fue condenado por los tribunales, y Amigue protestó.

Labori.- ¿Es o no cierto lo que digo?

Amigue.- Es cierto; pero no me gusta que me lo digan.

Dirigiéndose a los jurados, Labori demostró elocuentemente que Amigue autorizó, como notario, escrituras de préstamo con hipoteca sobre el castillo de Marcotte, sin ver los títulos, y sobre la propiedad de Bauzelle, que pertenecía a Mr. Humbert padre, como si hubiera pertenecido a Federico y Teresa Humbert. Y terminó diciendo:

—Hizo usted eso, cuando Teresa era dichosa. Hoy la acusa usted, que fue condenado, porque la ve en la desgracia y sometida a un proceso. Cuando autorizó usted las escrituras hipotecarias, cometió usted un delito de falsedad.

El presidente, al testigo.- No conteste usted” (El Imparcial, 14.8.1903, p. 1).

Esto es lo que les esperaba a muchos testigos. Otros no acudieron porque no deseaban que sus propias falsedades, como en el caso de este notario, o sus trampas, saliesen a relucir. La intervención final del juez estaba destinada a no conducir al testigo a un juicio contra él. La propia Thérèse, esta vez hábil, había preparado el terreno sugiriendo un innoble deseo de Amigue hacia ella y, tras el rechazo, la venganza del testigo sobre su familia.

Otros testimonios eran fidedignos y resultaban, sumados todos, demoledores. Así, el del cajero contratado en “Renta Vitalicia”, cuando afirmaba que la verdadera caja de este negocio estaba en la avenida Gran Armée porque todas las noches Romain o el propio Frédéric se llevaban para allá todo el dinero cosechado cada día, al objeto de tener liquidez frente a los acreedores que reclamaban sus intereses.

Solamente un hecho podía cambiar la dinámica del proceso de manera que los acusados resultaran absueltos: la presencia de los Crawford, la existencia de una auténtica herencia de millones de francos que hubiera

realmente respaldado la trama fraudulenta de la que quedaba constancia.

Cuando el juicio iniciaba su recta final, un periódico desveló una noticia que realmente era sensacional y, de confirmarse, supondría dar un vuelco a todo lo que estaba sucediendo allí. En efecto, afirmaba en un artículo que un rico empresario azucarero, diputado además, llamado Lohaudy, era el verdadero padre de Thérèse, fruto de una relación incestuosa que había motivado dejarla en manos de la familia que la había criado. Si esto fuera así, aquel millonario sería el auténtico Crawford y se comprendería mejor que la señora Humbert no hubiese querido revelarlo imaginando una historia fantástica con un millonario norteamericano por medio. ¿Era Lohaudy el verdadero nombre de Crawford, el que pensaba revelar Thérèse poco después?

Hubiera supuesto un final espectacular al proceso pero el afectado, indignado por el artículo, no sólo lo desmintió tajantemente sino que presentó una demanda contra el periódico por atentar contra su honor reclamando la cantidad de 50.000 francos de indemnización. El diario se vio en la necesidad de desmentir la noticia y disculparse.

Quedaba no obstante la esperanza de que el último día, cuando Labori hubiera cosechado una cierta victoria personal tras un discurso brillante, repleto de citas y una retórica deslumbrante, cuando mencionaba la calidad de los acreedores, todos ellos unos usureros deleznable, y el público asentía favorablemente, Thérèse hubiera recobrado el protagonismo perdido revelando la verdad sobre los Crawford. Así lo intentó.

“Teresa se levantó pálida y con ademanes y acento trágicos repitió sus protestas y manifestaciones anteriores.

Afirmó que estuvo en el gabinete de Monsieur Poincaré, siendo éste ministro de Hacienda, y le enseñó los títulos de la fortuna.

Aseguró que los Crawford existen, y como el público se riera, gritó: «No os riais. No soy una intrigante, sino una desgraciada».

Relató la escena habida entre ella y los Crawford, que se negaron a devolverle los valores que le habían retirado.

Dijo que el origen de la fortuna remonta a 1870, y que el nombre que le dijeron como verdadero de Crawford es el de Regnier.

La impresión del público, muy favorable a los procesados..., se cambió en burlona y hostil ante la larga perorata de Teresa, que le fue muy perjudicial.

En su auxilio acudió Labori, quien explicó a los jurados que Regnier sirvió en 1870 de intermediario entre Bismarck y Bazaine para la entrega de Metz, y que dicho Regnier, condenado más tarde a muerte en rebeldía, desapareció.

Terminó Labori dirigiendo sentidísima súplica en favor de los procesados, y diciendo que fiaba en la rectitud de conciencia de los jurados” (El Imparcial, 23.8.1903, p. 1).

Sacar a relucir al tal Regnier fue contraproducente. Su fama política y

cuestionable se centró en sus gestiones para la rendición de Metz ante las fuerzas prusianas en la guerra que enfrentó a éstas con las del Segundo Imperio de Napoleón III. La completa derrota de estas últimas condujo a su caída y la aparición de la IIIª República francesa más de treinta años antes. Regnier fue un hombre muy adinerado que puso su prestigio en esas gestiones pero que luego fue perseguido por alta traición, de forma que optó por desaparecer antes de resultar ajusticiado.

Nada más se había sabido de él en tres décadas. Su mención era, sin duda, el último cartucho con el que Thérèse Humbert deseaba enredar la madeja judicial. Tras los sólidos argumentos de Labori, las justificaciones financieras de Frédéric intentando demostrar que no había habido estafa, la intervención de la señora Humbert, muy esperada por otra parte y ante la que se había creado tanta expectación, dio como resultado la rechifla e incluso la indignación del público. Al comprobar la reacción del mismo el fiel defensor salió al quite pero fue inútil, la suerte estaba echada.

El Jurado, no obstante, fue benevolente porque su condena no resultó elevada: el matrimonio Humbert habría de pasar cinco años en prisión, algo que después de haber vivido casi veinte años a cuerpo de rey, no parecía un pago excesivo. Por otra parte, Romain D'Aurignac fue condenado a tres años y su hermano Emil a dos.

Muy acertadamente, se señalaba que este juicio no solo era contra los Humbert sino contra un tiempo económicamente expansivo, donde se habían hecho fortunas por medios muchas veces ilícitos, donde el dinero y la posición social fueron el único camino hacia el triunfo.

“Maitre Labori lo ha dicho: —«Estamos asistiendo, señores, al proceso de una época». Es indudable. A través del proceso de los Humbert, asoma todo un período de decadencia. Los estafados, los estafadores, el medio social que tolera el engaño permanente fraguado en un hogar fantástico, todo parece desenvuelto en los días vaudevillescos del Imperio. Hasta los jurados, dejándose ganar por la palabra elocuente de Labori, han inspirado su veredicto, no en la justicia severa e igualitaria, sino en una galantería de buen tono. Pasarán cinco años, y el matrimonio Humbert volverá a pasear por París anunciando la próxima llegada de los Crawford. Todavía les aguarda una ancianidad de burgueses estimados y respetados. Se olvidará el proceso y quedarán los restos de su fortuna para ayudarlos a acabar sus días” (Idem).

Acertada apreciación de la primera parte de esta editorial, no en lo que se refiere a la segunda. Los Humbert no se pasearían tranquilamente por París tras cinco años en prisión, disfrutando de los restos de su fortuna. Tampoco el proceso habría de ser olvidado, como demuestran blogs, artículos y libros que lo recuerdan.

Qué fue de ellos

La historia más visible de los Humbert acabó con su condena. Muchos años después, en 1925, una breve y penosa noticia trajo a las últimas páginas de algún diario el nombre de Romain D'Aurignac. Diez años después, cuando casi todos los protagonistas habían desaparecido, "La Voz" rescató aquella sonora estafa de principios de siglo exponiendo de manera casi novelada su desarrollo.

Nadie hablaba del final de la familia, de sus distintos destinos. En 1906, cuando salieron en libertad gracias a un indulto decretado por el primer ministro Clemenceau atendiendo a la mala salud de Thérèse, cuando volvieron a recorrer las calles de París, nadie les hizo caso, se habían convertido en personajes folclóricos, alguien a quien señalar un momento: "¡Mira quién va por ahí! Esa no es... Sí, la Humbert en persona. Ya ves, ahora no va tan elegante".

A los pocos días de su condena, rechazado el recurso de casación que presentó el matrimonio, los tres hombres marcharon provisionalmente a la prisión de Rennes, siguiéndoles la mujer pocos días después. Dos meses después, acabados los plazos de posteriores reclamaciones, hechas definitivas las sentencias, los hombres fueron trasladados al viejo castillo de Thours mientras Thérèse quedaba en la de Rennes para cumplir su condena.

Era ésta una cárcel moderna, cerca de la estación de ferrocarril de esta ciudad a solo 60 km. de París. En el recinto exterior patrullaban guardias uniformados pero nunca entraban en el interior donde las Hermanas de la Sabiduría regían la cárcel como si fuera un convento. Ni siquiera había celdas sino dormitorios comunes donde descansaban juntas las reclusas de cada

sección.

Aquellos años los pasaría la señora Humbert como ajustadora, preparando e hilvanando las telas que servirían a otras reclusas más avezadas para confeccionar cuellos postizos con destino a algunos almacenes parisinos. Parte de las ganancias se las quedaban las presas para que tuvieran un pequeño capital que les permitiera afrontar la puesta en libertad.

En el decreto de Clemenceau se anotaba el buen comportamiento del matrimonio Humbert, además de la delicada salud de la señora que había precisado una operación. Tal vez sea falsa la información de noviembre de 1904 (tras poco más de un año de encierro) en la que se afirmaba que se encontraba muy exaltada, gritando e injuriando a otras reclusas que se burlaban de ella porque seguía defendiendo la existencia de unos millones que la esperaban al salir de la cárcel. O quizá fuera su violenta reacción al saber que su hermano Emil había salido de Thours en libertad tras cumplir poco más de la mitad de su condena. ¿Y por qué no yo, que he sido tratada tan injustamente como él? podría haber pensado.

Al año siguiente, tras otra reducción de la tercera parte de la condena, salió Romain D'Aurignac. Con 46 años, grueso, algo envejecido pero con el mismo talante jovial y aventurero que había hecho las delicias del público asistente al juicio. En la cárcel había escrito una novela titulada "Janissa" de la que presumía sería un gran éxito de ventas.

El ánimo viajero le pudo de nuevo dos meses después, cuando comprobó que el triunfo literario no llamaba a sus puertas como esperaba. El 18 de septiembre de 1905 los diarios afirmaban escuetamente que el día anterior había intentado desembarcar en Nueva York. Los agentes de inmigración se lo habían impedido porque estaba prohibido que visitara Estados Unidos cualquiera que hubiera sido condenado. De manera que ahí se encontraba a la espera de su repatriación. No será la última vez que sepamos de él.

Justo un año después, tras cumplir algo más de tres años de cárcel, los esposos Humbert salieron en libertad. Apenas un periodista alcanzó a fotografiar a la señora en la estación de Rennes esperando viajar a París, supuestamente para reencontrarse con Frédéric. Cuando paseó de nuevo por las calles que habían conocido su triunfo, sus fiestas, esas amistades que la abandonaron después, sus tejemanejes, empezó a hablar de que pronto haría nuevas revelaciones sobre los políticos que habían desatado ese castigo injusto, sobre los prestamistas como Cattai, también sobre los ya míticos Crawford. Por supuesto, afirmaba, estos existían así como sus millones, pronto habría de reconocerse y devolverles a los Humbert la honra que les habían quitado.

Thérèse va entrando así en la sombra, como sus hermanos. Su vida se basó en una mentira, en un fraude, el intento de ser otros de los que los azares les tenían reservados. En un tiempo de oportunidades económicas, donde las fortunas nacían y morían con asombrosa rapidez, donde se amasaban fortunas en alianza con políticos y oportunistas, un tiempo que conoció el escándalo del

Canal de Panamá o el asunto Dreyfus, los Humbert se hicieron a sí mismos. Thérèse no se había contentado con ser una modesta muchacha de provincias casada con el hijo de un político que tenía la debilidad de preferir la pintura y la poesía a la arena política, judicial y al deseo de hacer dinero. Si había que inventar se inventaba, si había que engañar se mentía sin reparo. Ésa era su vida, su justificación, lo había hecho suyo durante veinte años, incluso después de su condena, hasta creérselo ella misma.

El 4 de diciembre de 1911 aún se encontraba en Francia porque un periódico informa de que ha sido recluida en un manicomio. “Tiene la monomanía de la grandeza” comenta el articulista, “se muestra muy exaltada”.

Lo siguiente que sabemos es que siete años después muere en Chicago. No se entiende muy bien este final, por qué las autoridades norteamericanas, que habían sido inflexibles con su hermano, no lo fueron con ella, que también había sido condenada. ¿Con las mujeres se tenía más manga ancha?

No se sabe cómo murió con algo menos de sesenta años, cuál fue su vida en ciudad de tan bajas temperaturas como Chicago. ¿Se fue de París derrotada, incapaz de recobrar la fama de la que un día disfrutó? ¿Se marchó para buscar a los fantasmales Crawford y poder recuperar la herencia que nunca existió?

Lo que es cierto es que se fue sin su marido, que permaneció en París. Tal vez marchara con ella su hija Eva, su hermana María, cuyo destino se pierde en las sombras del anonimato. Es probable, sin embargo, que disfrutando de libertad desde el primer momento, queriendo vivir una vida que para María ya resultaba imposible recuperar, las dos últimas dieran en quedarse en París, incluso Eva pudo casarse. En esas condiciones no estarían dispuestas a marchar tan lejos como deseaba su alocada hermana y madre, la que quería perderse en un nuevo país, uno joven y sin memoria que no recordase quién era ella ni de dónde venía ni qué hizo. Sentir el aire de un renacer en una tierra virgen para sus propósitos o simplemente esconderse con su frágil salud para olvidar y ser olvidada sintiendo el sabor de una derrota que ya era imposible redimir. Porque no es fácil ser otro, resulta casi imposible reinventarse otra vez en una tierra diferente, con otro idioma, con oportunidades que su edad y su salud ya no le permitirían aprovechar.

El más ajeno a todo esto resulta ser Frédéric Humbert. Siete años después de la muerte de su esposa en tierras lejanas se ha desprendido de su recuerdo, de que le mencionen como “el de la estafa”. Ha seguido pintando porque volvió al único terreno en el que se sentía feliz. Dejó de estar acuciado por Thérèse, tal vez rompiera con ella y con sus ambiciones, sus sueños de recuperar el prestigio perdido, la posición social.

Frédéric no era ambicioso. Se observa la clase de hombre que fue una vez cumplida su condena. Se va negando paulatinamente a seguir el juego desesperado de su mujer, busca su propio camino de respetabilidad. Admite sus errores pero mira hacia adelante. En 1925, cuando le llega la penosa historia de su cuñado Romain, está exponiendo sus lienzos y, sabiendo que nunca llegará a ser un gran pintor, se contenta con serlo discreto, modesto pero

fiable.

En mayo de 1916 aparece en un periódico la muerte de Romain en Courbevoie, con 62 años. Por aquel entonces el mencionado debía de tener 57 años y no 62. Tal parece que el periodista se equivocó y el que falleciera fuera Emil.

En todo caso, “La Voz”, que retomará diez años después la novela de los Humbert, informa en 1925 que en la avenida parisina de Clichy ha sido detenido Romain D’Aurignac por intentar robar un par de zapatillas valoradas en nueve francos. El anciano de 66 años protestó airadamente diciendo que iba a pagarlas pero en sus bolsillos sólo se encontraron tres francos y medio. Poco después se le dejó en libertad, no sin que algunos recordaran al hombre simpático, *bon vivant* que fue, los miles de francos que gastaba con alegría en juergas y francachelas con sus amigas, los viajes en los que recorrió medio mundo.

“¡Pobre Romain Daurignac! Ahora, la actualidad es para este hombre una picota. Cubierto de harapos, guarda, no obstante, su antigua apariencia de gran señor. Pero esta apariencia suya, una vez descubierto el fraude, no es sino un disfraz que hace reír mucho. ¡Pobre Romain Daurignac! ¡Quién había de decirle que en los últimos años de su existencia le iba a ser menester para seguir viviendo libre la conmiseración de un comisario de Policía y la transigencia de un zapatero!” (La Voz, 22.9.1925, p. 1).

Con él desaparece la última mención a los Humbert mientras estos vivieron. Posteriormente, algún libro como el de Hilary Spurling (“La Grand Thérèse”) ha querido recordarles. También los traemos en este libro desde aquel pasado de hace más de un siglo hasta el día de hoy, cuando nuevamente se sabe que un tiempo de oportunidades económicas en España ha sido aprovechado por políticos corruptos, banqueros sin escrúpulos y oportunistas de todo tipo, como el “pequeño Nicolás”, para ir alcanzando aquello con que soñó Thérèse: dinero, poder, influencias, posición social. Porque esos fueron entonces y también ahora los valores que se propugnaban para identificar a sus miembros más exitosos. Porque ésa fue la noción de triunfo social que imperó entonces y ahora en determinados momentos históricos.